

CORRESPONDENCIA

TUNQUÍN

Una fiesta á la europea.—Satisfacción de los tunquinos

El R. P. dominico Fr. Marcos Gispert, escribe desde Nam-Dinh el 8 de Junio de 1897:

Hoy que estoy algo desocupado por haber ya concluido el curso, tomo la pluma para escribirle á usted, y claro está que será cosa de poco momento lo que le voy á decir; mas porque son noticias de luegas tierras, sé que no dejarán de gustarle.

Y sea la primera, la muy singular velada literaria que tuvimos en este Seminario en honor de Santo Tomás, el día octavo de su fiesta. Ha sido la primera que se ha celebrado en Tunquín: ni los estudiantes tenían idea ni noticia de semejantes fiestas, ni en la lengua de ellos hay término propio para designarla. Era cosa completamente nueva; sin embargo, nos hicimos entender, y al fin salió una fiesta mucho más lucida de lo que podíamos esperar. En solos doce días se organizó todo, y, á pesar de la premura del tiempo, resultó con la brillantez que ahora voy á decir.

Por la mañana hubo Comunión general, durante la cual se cantaron algunos motetes en latín, y esto era de las cosas nuevas que mis estudiantes habían de ver aquel día. A media mañana fué la Misa solemne, se cantó una del maestro Calahorra á tres voces: Misas de esta clase jamás las habían oído ni cantado los tunquinos.

Por la noche celebróse la gran velada, de la que, como he dicho, ni idea tenía el anamita. Principió la función por un himno á Santo Tomás, en español, después que les hube dicho dos palabras sobre el objeto de las veladas, y la lucidez y esplendor con que se hacían en Europa. Acto seguido mi compañero leyó un discurso verdaderamente ciceroniano en latín clásico y elegante, probando que Santo Tomás fué santísimo entre los sabios y sapientísimo entre los Santos. A este discurso siguió un himno en letra y música china, que cantaba todo el Colegio. Este himno se repetía al empezar los discursos que siguieron, por ser corto, y de un aire tan grave, que aun ahora no nos cansamos de oírlo. Luego

se leyó una oda latina en versos sáficos, á la que siguieron los discursos sacados por los estudiantes, dos en latín y tres en tunquino. Después de cada discurso se cantaba otro pequeño himno en chino, resumiendo la idea del discurso, cual en música china, cual en música europea. Concluidos los discursos, tuvo lugar otro acto nuevo para estos asiáticos, y fué el defender una tesis filosófica con razones de Santo Tomás. La tesis fué: *Deum existere, ratione probari potest*. Finalmente, se leyó en tono chino un himno en acción de gracias, y cantando por segunda vez el himno en español, nos salimos del salón.

Este estaba elegantemente adornado al gusto europeo, y á pesar de carecer nosotros de toda clase de muebles y adornos propios para estos actos, todo se pu-

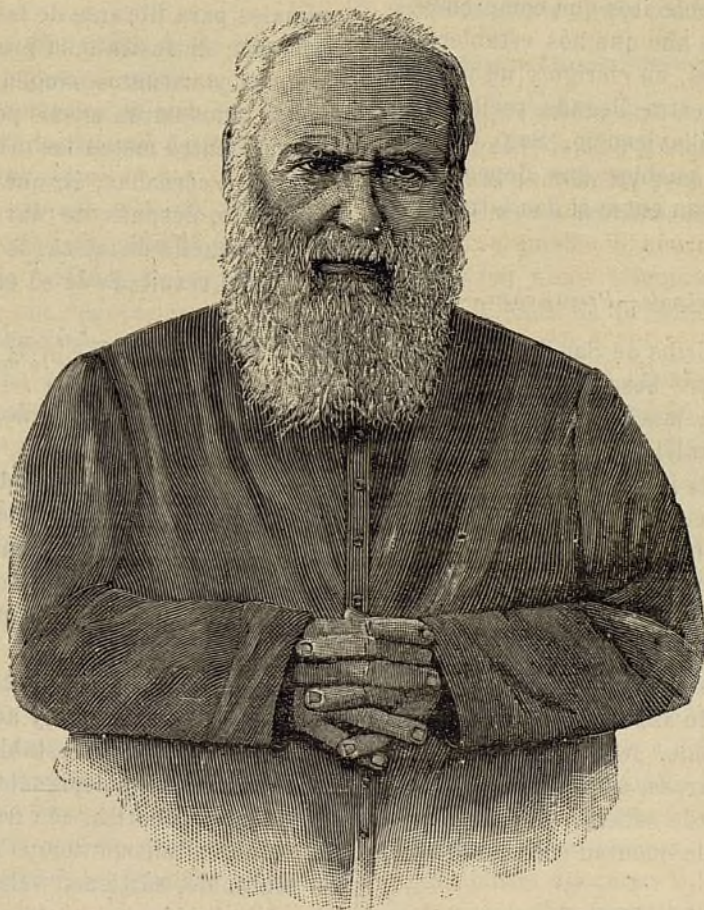
do y se supo imitar y suplir á las mil maravillas, incluso un precioso dosel, debajo del que pusimos la estatua de Santo Tomás. Excuso decir que nuestra velada fué puramente doméstica; pero los estudiantes se quedaron tan satisfechos, que ahora no hacen más que pedir se haga otra. Reunidas después todas las composiciones las mandamos al señor Vicario apostólico, quien gustó tanto de ellas y de nuestra ocurrencia, que premió largamente á los que tomaron parte en la velada.

Otra de las cosas nuevas que han visto estos anamitas este año, ha sido las fiestas de Semana Santa según el ceremonial de la Iglesia. Siempre han hecho en Tunquín las fiestas de Semana Santa: mas, como suficiente clero nunca le ha habido, todo se

reducía á ciertas procesiones y meditaciones en la iglesia, muchas veces bajo la dirección de un cualquiera, por lo que con mucha frecuencia mezclaban y mezclan aún mucha comedia.

Este año hice monumento en el oratorio del colegio, que es público, y con la ayuda de otro Padre que vino por aquí pudimos hacerlo todo con solemnidad. Los Maitines y la Misa de los tres días, el lavatorio de los pies, la adoración de la cruz, la bendición del cirio, etcétera. Todo ello sabía á gloria, pero sobre todo la procesión con el Santísimo el día de Pascua, según se hace en nuestros conventos. Siento no poderme extender más, y el haber tenido que contarle á guisa de gacetas, sin poderlo florear un poco.

No quiero, sin embargo, dejar de decir una cosa más,



R. P. FRECHOU, de los Padres de Picpus, misionero en las islas Marquesas. (Pág. 526)

y es lo bien que han salido este año los exámenes de fin de curso. De setenta y ocho estudiantes diecisiete han sacado sobresaliente, y solos cinco simplemente aprobados; ningún suspenso ni reprobado; todos los demás notables y buenos.

COLOMBIA

Misión salesiana de los Llanos de San Martín

El R. P. Ernesto Briata, salesiano, escribe desde Bogotá, el 30 de Enero de 1897, al Rmo. Sr. D. Rúa:

A PROVECHO mi corta permanencia en esta capital, á donde he venido á hacer los santos ejercicios espirituales, para dar á V. R. algunas noticias de los Llanos de San Martín y de una Misión que di el año pasado en los varios pueblecitos que comprende.

Como ya V. sabe, hace un año que nos establecimos en San Martín dos sacerdotes, un clérigo y un coadjutor. A los dos meses de nuestra llegada recibí el encargo de visitar á Uribe, Villavicencio, San Juan de Arama, Jirámena y Guejar, pueblos que dependen de nuestra parroquia y que distan entre sí dos ó tres días de camino.

Aspecto topográfico.—Riquezas del país.—Pesca y caza.—El tigre

Seis días á caballo dista Uribe de San Martín, caminando hacia el S. O. por entre bosques de gigantescos árboles, extensas llanuras y muchos ríos que riegan estas regiones y corren paralelamente de Occidente á Oriente. La inmensidad de la llanura, exenta por completo de la más pequeña colina, seméjase al océano. En lontananza, hacia Poniente se divisa la cordillera de Sumapaz. De cuando en cuando se encuentran algunas cabañas rodeadas de árboles frutales entre los cuales abundan los caimanes, fruta semejante á la uva, bananos, mangos, cueros y otros. Hay muchas plantaciones de café, cacao y caña de azúcar; pero la principal riqueza la constituye el ganado. Aquí, como se hacía en los tiempos de los Patriarcas, se aprecia la riqueza del individuo por el número de cabezas de ganado que posee, habiendo algunos que cuentan con más de diez mil.

La primera noche de mi viaje la pasé en una choza de ramaje abierta á todos los vientos, en compañía de perros, ovejas y cerdos que de vez en cuando sacudían nuestra hamaca, y de gallinas, palomas y otras aves, que dormían sobre nosotros y que con sus indiscreciones nos pusieron como nuevos. Las noches en estas regiones serían verdaderamente poéticas si no fuera por lo mucho que se sufre; se duerme en la hamaca ó una piel tendida en el suelo, con la silla del caballo ó una concha de tortuga por almohada; y como si esto no fuera ya suficiente, no pocas veces es fuerza irse á dormir con el estómago vacío, como más de una vez me pasó á mí.

Continuando mi viaje, llegué al Ariari, que es el río más grande que yo he visto en los Llanos de San Martín, en el que hay de toda clase de pesca y peces de gran tamaño, pues algunos días antes de mi llegada habían cogido uno de quintal y medio de peso. En este río abundan los cocodrilos y ciertos peces que desarro-

llan tanta electricidad, que detienen en su carrera á cualquier animal con la fuerza de sus descargas. Si estos habitantes cuidaran más de la pesca, tendrían en ella una verdadera fuente de riqueza.

A la derecha del Ariari se extiende una floresta, en cuya travesía se emplean cuatro horas, poblada de multicolores y numerosas aves, como papagayos, pavos reales, canarios, etc.; de varias clases de monjes y del terrible tigre, que ocasiona incalculables daños á los ganados: á su caza se dedican expertos cazadores, tan diestros en el manejo de la lanza y del lazo, que difícilmente dejan escapar al tigre que se les pone á tiro. No quiero decir con esto que no sean algunos víctimas de su arrojo, pues el tigre, si bien á traición, ocasiona no pocas víctimas.

Es por demás curiosa la manera que emplean los animales para librarse de las garras de la fiera. Al conocer por el instinto su proximidad los toros, vacas, terneros y carneros mugen y balan fuertemente, se reúnen todos en un mismo punto, y formando en círculo en cuyo centro meten las crías, esperan al tigre, recibiendo á cornadas; él, que no se esperaba tan fino recibimiento, después de dar unas cuantas vueltas en torno á aquella fortaleza, se aleja bufando y furibundo por el mal resultado de su empresa.

San Juan de Arama.—Los cajuches.—En Guejar.—Exuberancia de la naturaleza

A los dos días de viaje llegamos con felicidad al pueblo de San Juan de Arama, que se levanta á no pequeña distancia de las ruinas de la antigua ciudad, conocida con el nombre de Concepción de Arama, y de la aldea que se llamó San Juan de los Llanos.

Estos habitantes, como los demás del Llano, se ocupan en el pastoreo, que, como queda dicho, constituye su principal riqueza.

Componen el pueblo seis cabañas, contando la iglesia, construída con madera y adobes; el techo es de paja. Su aspecto es más de establo que de capilla. Las ventanas son toscas y desiguales agujeros; el altar parece un estante de botica, con frascos y botellas por candeleros, que al mismo tiempo que dan á conocer cual fué su contenido, sostienen velas de sebo. La parte superior del altar la ocupan tres monstruosas estatuas tan toscamente trabajadas, que es imposible averiguar el Santo que representan. A una le faltan las narices, á otra las manos y á otra los ojos, y están tan ridículamente vestidas, que inspiran cualquier cosa menos devoción. Sin embargo, estos pobres habitantes las reverencian y dan culto con igual fe que si estuvieran modeladas por el cincel de Miguel Ángel. Los ornamentos estoy seguro que son los primeros que se compraron, sin que quede memoria de la generación que los vió nuevos, y la sacristía, más que de tal, tenía apariencia de pocilga. En aquella mísera capilla celebré al menos quince veces el santo sacrificio de la Misa; bendije dos matrimonios; bauticé á quince niños; oí varias confesiones, y di la santa Comunión á diferentes personas.

Estos habitantes profesan gran veneración al sacerdote, á quien ven sólo de tarde en tarde. Dan de ello clara idea los términos que usan para llamarlo: *Su*

Paternidad, su Reverencia, su Santidad, mi papacito, mi amito, y algunos, sin que de ello me sepa yo dar cuenta, me llamaban en latín *Mi Pater*.

Para mi habitación me designaron una tienda en la que se conservaban aún los bancos, mostrador y estantes, y el alimento que me daban consistía en bananos por la mañana, bananos á medio día y bananos por la noche, si bien había alguna variación, pues... unas veces los comía fritos, otras asados y otros cocidos.

Lo frugal de los alimentos y lo insalubre del clima me hicieron caer enfermo con fuertes calenturas, y en tal situación, lejos de mis hermanos y entre gente desconocida, no encontré otro medio más seguro y eficaz para curar que encomendarme á María Auxiliadora, y esta buena Madre, siempre solícita á los llamamientos de sus devotos, no tardó mucho tiempo en acudir en mi socorro.

Después de cinco horas de camino desde San Juan de Arama, llegamos á las primeras estribaciones de la cordillera oriental ó de Sumapaz, dejando á nuestra espalda los extensos y dilatados Llanos de San Martín; la ascensión á estas montañas que se van poco á poco elevando á medida que se acercan á la cordillera, es por demás deliciosa y encantadora, pues la vista se recrea en la contemplación de variados y estupendos paisajes, siempre cubiertos de una vegetación maravillosa, y en las que la fauna y la flora cuentan con incalculables riquezas. Si la Europa poseyera algo parecido á estas vírgenes florestas, serían incalculables los bienes que reportaría. En este terreno se crían los cajuches, animales que al primer golpe de vista casi se confunden con los jabalíes; pero de los que difieren en mucho. Van siempre en manadas de ciento, doscientos y hasta trescientos, llevando en el centro á los más pequeños. Su carne es mucho más exquisita que la del cerdo, y los cazadores tienen que ser muy diestros y usar de mil precauciones, pues si por desgracia se les acerca demasiado, con seguridad que no quedan para contarlos. Aun el tigre teme á los cajuches, pues si éstos lo gran rodearlo no lo dejan con vida, aun cuando él mate antes á cinco, diez ó más. Para huir de este peligro, espera oculto ó encaramado en un árbol el paso del grueso de la manada, arrojándose después sobre los que vienen los últimos.

En la falda de una pintoresca colina de la cordillera y junto á la cristalina corriente del caudaloso Guejar que va á desembocar en el Ariari, está el pueblecito del mismo nombre, llamado también Las Mesetas, que sólo cuenta ciento cincuenta habitantes, y que carece de iglesia, por lo que nos vimos precisados á convertir en capilla la habitación más decente del pueblo. Celebré la santa Misa, primera vez que allí se ofrecía el Cordero inmaculado; hice algunos bautismos y una solemne procesión, prediqué y di la bendición con su Divina Majestad.

Aprovechando las buenas disposiciones del vecindario, le exhorté á fabricar una iglesia y un cementerio, que aun no tienen, como tampoco lo tienen la mayor parte de los pueblos del Llano, razón por la que sus moradores entierran á los muertos donde mejor les cuadra, sin respeto ni miramiento alguno.

Sería demasiado prolijo, amado Padre, si describie-

ra detalladamente los hermosos panoramas que se presentan á la vista del viajero en el camino de Guejar á Uribe. Numerosos ríos de clara y límpida corriente que juguetones saltan por las encrespadas rocas de elevadas montañas, y en cuyo rápido descenso, si son heridos por los rayos solares, dibujan en sus plateadas espumas todas las gradaciones del iris; el suelo esmaltado con los vistosos matices de gayas flores y de una virgen y exuberante vegetación; cubierto á veces el diáfano azul del cielo por el tejido de las copas de corpulentos árboles que forman caprichoso pabellón, en donde innumerables pájaros de peregrino plumaje forman sus melodiosos conciertos. Es inexplicable el placer que el alma siente en aquella soledad.

Indudablemente esto es hermoso, si bien no pude disfrutarlo siempre, pues tres veces me vi en la necesidad de pasar el día con sólo una taza de leche.

Uribe y su historia.—Frutos recogidos.—Salida de Uribe

A los veintidós días de mi partida de San Martín, esto es, el 6 de Mayo, hacía mi entrada en Uribe, siendo un acontecimiento para el pueblo y un triunfo para mí. Salieron á mi encuentro unas treinta personas á caballo; el pueblo se visitó con sus mejores atavíos; se levantaron arcos triunfales; se hicieron multitud de salvas, y nada se perdonó para recibir dignamente al misionero.

Uribe, que sólo cuenta trece años de existencia, es capital de la provincia de su nombre, y tiene próximamente unos tres mil habitantes. Debe su fundación, así como sus principales edificios, á la *Compañía Herrera y Uribe*, de la que forma también parte el ilustrísimo señor Arzobispo de Bogotá, y dejaría de existir si le faltara el apoyo de dicha Compañía. Sus casas son de madera y de adobles con el techo de paja ó de tabla: tienen un solo piso, y éste sumamente bajo: la puerta, que ordinariamente se cierra con una correa, sirve también de ventana; y la duración de las casas es muy corta, de seis á ocho años la que más.

Las fiebres palúdicas que me habían molestado en San Juan de Arama, llegaron á ponerme al borde del sepulcro á los pocos días de llegar á Uribe.

¡No puede figurarse V. R., amado Padre, lo que padecí en aquellos angustiosos días en que parecía aproximarse el fin de mi vida! Lo que más amargura causaba á mi alma, era el no ver á mi lado un sacerdote que me administrara los Sacramentos y me ayudara á presentarme con entera confianza ante el tribunal de Dios.

Por gracia de Nuestro Señor Jesucristo y de su Santísima Madre, María Auxiliadora, á quien con tanta frecuencia invoqué, no sucedió lo que muy fundadamente esperaba, pues desapareció el peligro, y la enfermedad tomó un curso favorable.

Viviré eternamente agradecido y me acordaré siempre del cariño con que me trataron el Sr. D. Alberto Plot, agente general de la *Compañía Herrera Uribe*, que en calidad de médico me prestó los más solícitos cuidados, y el señor gobernador de la provincia D. Claudio Quintero, que fué para mí un verdadero padre.

A pesar de mi enfermedad, con la ayuda del Señor pude ejercer mi sagrado ministerio en bien de aquellos habitantes, durante los tres meses que permanecí con

ellos. Administré ciento cincuenta bautismos; bendije once matrimonios; se confesaron unas trescientas personas, y después de una conveniente preparación hicieron la primera comunión cuarenta niños.

Entre los que confesaron y comulgaron por vez primera había algunos de veinte, treinta y hasta cuarenta años; y entre los bautizados muchos contaban ya cinco y seis años. Esto no obstante, Uribe es un pueblo dócil á la palabra de Dios y de muy buenos sentimientos, y el día en que tenga un sacerdote con residencia fija, se podrá llamar un pueblo eminentemente católico; está muy necesitado de instrucción religiosa y de facilidades para recibir los Sacramentos.

En la iglesia de este pueblo reposan los restos mortales del P. Vela, Religioso dominico, que murió á los treinta años de misionero y cincuenta y cuatro de su edad de resultas de una caída del caballo, la noche del 10 de Noviembre de 1895. Dirigiase á Uribe montado en un brioso caballo y acompañado de varios amigos que caminaban delante, cuando en un trozo de camino practicado en la roca oyeron aquéllos un fuerte ruido y algunos gritos y lamentos. Vuélvense prontamente, y ¡cuál no sería su asombro al ver despeñarse en el abismo el caballo del P. Vela, dejando casi espirante en el camino el cuerpo del desgraciado Padre que, lleno de contusiones y con el cráneo abierto, entregaba su alma á Dios al ser transportado á Uribe!

El día de mi partida fué de gran pena para todos sus habitantes. En los últimos momentos me vi asediado de visitas: quiénes venían á pedirme un consejo, quiénes la bendición, quiénes una palabra de consuelo; pero grande fué mi maravilla cuando vi que me esperaba en la puerta una escolta de caballeros encargada de acompañarme hasta bastante lejos. Pero no era esto todo; á la salida estaban todos los vecinos del pueblo que, formando dos filas, en una los hombres y niños y en otra las mujeres y niñas, me pidieron la postrera bendición y me despidieron con lágrimas en los ojos.

Un caballero, tomando las riendas de mi caballo me suplicó que escuchara algunas palabras que eran la expresión del sentimiento de todo el pueblo: los pobres, desconsolados, se lamentaban de que se alejara de ellos el que por tres meses hizo de pastor y á quien llamaron con el dulce nombre de padre.

Los conforté con la esperanza de que en breve el Señor les mandará un sacerdote que viva con ellos y tome el cuidado de sus almas, y así lo espero que Dios lo ha de hacer en vista de las buenas disposiciones de estos habitantes.

Entre tanto había llegado la estación de las lluvias, época terrible y peligrosa para el que tiene que hacer largos viajes. Esta estación se llama impropiaamente invierno y dura nueve meses, ó sea, desde mediados de Marzo á fines de Diciembre. No quiero decir con esto que durante este tiempo esté lloviendo sin cesar; pero á veces llueve semanas enteras sin dejarlo ni por un solo momento.

En la estación de las lluvias se forman como por encanto lagunas, arroyos y ríos que antes no existían; las lagunas se convierten en lagos, los arroyos en ríos, y éstos en mares de agua dulce.

De Uribe á Villavicencio.—Nueva iglesia.—Frutos recogidos

En la distancia que media de Uribe á Villavicencio, que son cinco días á caballo, tuve que atravesar más de cien ríos. Los más caudalosos son el Duda, Guejar, Ariari, Guape, Guamal, Humadea, Guayuriva y Río Negro, los cuales, en la estación de las lluvias, son invadables y es necesario pasarlos á nado, en barca, ó bien en balsas formadas con ramas de árbol ó juncos. En una de éstas, pequeña y desvencijada, crucé el río Guejar, y en una estrecha barquilla el Ariari, que es el mayor y el más terrible que hasta ahora he visto en los Llanos de San Martín. Todos los de por aquí le temen en sus frecuentes crecidas, y recuerdan con pavor las innumerables víctimas que continuamente sepulta en su seno.

Después de cuatro meses de ausencia, volví á saludar á mis queridos hermanos de San Martín; pero la obediencia me mandó visitar á Villavicencio, y, por lo tanto, después de tomar un poco de descanso y de reponerme de las fatigas de mi viaje á San Juan de Arama y Uribe, el 8 de Octubre partí para Villavicencio, el pueblo de los Llanos de San Martín más inmediato á Bogotá, el cual cuenta unos cuatrocientos habitantes.

El año anterior, cuando de paso para San Martín nos detuvimos en este pueblo, estaban construyendo una iglesia, pues la antigua había sido destruida por un voraz incendio. A mi llegada, todavía no estaba terminada, por lo cual resolví permanecer allí tres meses á fin de activar los trabajos.

Durante el tiempo de mi permanencia, con la ayuda de Dios, saqué el mejor partido posible: preparé á la primera confesión á treinta niños de ambos sexos, y á cincuenta para recibir por vez primera el Pan de los Angeles: bendije veintidós matrimonios y oí más de quinientas confesiones.

El día de Todos los Santos distribuí más de ciento veinte Comuniones y más de cincuenta al día siguiente, conmemoración de los fieles difuntos. Sea todo para mayor gloria de Dios.

Jiramena.—La serpiente boa.—La aldea.—Serpientes de cascabel

Me quedaba aún por visitar Jiramena, pueblo situado en lo más interior de los Llanos de San Martín y distante de Villavicencio dos días á caballo, siendo necesario atravesar espesos bosques y extensas llanuras hermosas por cristalinas lagunas, que están rodeadas de palmeras y habitadas por diferentes especies de ánades de vistoso plumaje. En estos bosques se halla la reina de las serpientes, la terrible boa, que mide siete y ocho metros de larga. Este enorme animal se traga á un hombre, á un becerro y á un potro con la mayor facilidad del mundo, y si coge una vaca ó un toro, que no puede engullir enteros, se enrosca á sus cuerpos y los estira hasta dejarlos reducidos á la capacidad de su boca. Se dice que la serpiente boa exhala un aliento tan pestilencial que atolondra al animal que tiene la desgracia de acercársele, y de esta manera es como más fácilmente hace de él su presa.

El día 17 de Noviembre llegué á Jiramena. Es una aldea situada en la confluencia del río de su nombre y

del río Meta; tiene unos doscientos habitantes, en su mayoría indígenas y salvajes. Su clima y la posición que ocupa no podían ser peores. El calor es tan sofocante que más de una vez creí que me ahogaba. Esto motiva que se proyecte el abandono de la actual aldea, para fundar otra en un sitio más higiénico llamado Surimena.

No por falta de capilla, sino por gozar del aire y no correr peligro de sofocarme, en los tres días que me paré en Jiramena celebré el santo Sacrificio y prediqué al aire libre. Era verdaderamente hermoso ver á toda aquella pobre gente sentada sobre la hierba y oír con suma atención la doctrina del Evangelio. Dos años hacía que no habían visto á un sacerdote, y el último fué nuestro querido inspector D. Evasio Rabagliatti,

como el carbón y en menos de cinco horas muere. Todavía no se ha encontrado remedio eficaz contra esta venenosa mordedura, por cuyo motivo son incalculables las víctimas que hace.

Y ahora, mi querido Padre D. Rúa, que estoy para terminar esta mal pergeñada relación, creo necesario llamar la atención de V. R. sobre el inmenso campo confiado á nuestros cuidados y la escasez que sentimos de personal. ¿Qué pueden hacer dos sacerdotes solos en un territorio donde si hubiera veinte tendrían trabajo sabrado desde la mañana á la noche? Si al menos fuéramos seis, se podría hacer alguna cosa, estableciéndose dos en San Martín, dos en Villavicencio y dos en Uribe: los de Villavicencio podrían atender también á Jiramena, los de San Martín á San Juan de Arama,



COCHINGHINA.—Grupo de salvajes de ambos sexos. (Pág. 514)

al cual recuerdan todavía con sumo placer. Vino éste por aquí en el viaje que hizo para explorar las inmensas llanuras del Mare, para el establecimiento del gran lazareto de los leprosos de Colombia.

Como producto de mi Misión en esta aldea, administré doce bautismos y oí muchas confesiones.

De vuelta para San Martín tuve ocasión de ver por vez primera la serpiente de cascabel. Tenía casi dos metros de larga, y por ser muy de mañana estaba como adormecida en medio del camino: nos retiramos de ella cuanto pudimos, y así pasamos sin peligro. Estas serpientes abundan mucho en los Llanos de San Martín. Su mordedura es mortífera, y por esto son las más temidas de estas gentes. Apenas una persona es mordida por alguna de estas serpientes, pierde el sentido, arroja espuma por la boca, el cuerpo se le pone negro

y los de Uribe á Guejar y á Ilusión, pequeño pueblo no muy distante de Uribe. Medítelo un poco, amado Padre, y vea si la propuesta es buena y si la necesidad no es imperiosa.

MISAMIS (Filipinas)

Cuenta el misionero que ha bautizado en once meses mil ochocientos monteses.—Conversión de Mapondo.—Fertilidad de la tierra.—Consideración sobre los moros.

El R. P. Saturnino Úrios, de la Compañía de Jesús, escribe á su reverendo Padre Superior desde Linabo:

ME estoy ya preparando para ir á esa capital, tenida por tan buena que se la apellida «Perla del Oriente.» Ahí, pues, iré contento y muy dispuesto á recibir órdenes, que barrunto á donde irán á

parar, si es que V. R. aun está con el mismo intento que tenía tiempo atrás de enviarme á Dávao. El año 1878 debí yo ir allí en vez de ir al Agusan y el año pasado también quería V. R. enviarme á Dávao, y no aquí.

Esto no obstante, bueno es que antes le escriba una carta á V. R. manifestándole lo que por aquí ha sucedido. Si me hubiese dejado llevar de mi inclinación de decirlo todo, hubiese tenido que escribir carta por día. Porque bueno es que V. R. sepa que este teatro de nuestros trabajos evangélicos no es tan monótono como algunos piensan.

Escribo ésta por la dulzura que siento con el bautismo de más de treinta infieles que he bautizado esta mañana en Oroquieta, después de la función de iglesia, viniéndome á medio día aquí para tener un día grande, junto con el P. Marín y el H. Pérez, que me han estado esperando. Y mire lo que son los afectos fuertes: viniendo á medio correr de mi caballo, ha metido éste el pie en un hoyo que yo no he visto, fabricado por alimañas ó alimangos, como llaman aquí á los cangrejos, quedándose el caballo clavado en el suelo, yéndome yo por encima de su cabeza á dos metros de distancia, rodando como una bola de algodón en rama, que aun me duele algo el cuerpo. Esto y todo, ni una miaja ha disminuido el goce que he sentido bautizando infieles hoy, día de San Ignacio. Riéndome como un bobo lo he contado al Padre y al Hermano, que no les ha extrañado nada, porque también ellos se habrán caído del caballo, siquiera no haya sido en día tan señalado.

Como voy, como digo antes, á dejar esta Misión, he de recordar á V. R. lo que voy diciendo en algunas cartitas. Los pueblos que el P. Barrado fundó, dejándoles en pura formación y no teniendo al dejarlos el ser de cristianos, les dejó yo poblados de nuevos bautizados, levantando á la suma de mil ochocientos, los que en once meses que llevo de misionero de Linabo van ya bautizados.

Es verdad que para ello no he parado, cruzando varias veces la comarca á los cuatro lados, midiendo el suelo desde mi rocín á él muchas veces, sintiendo una sola cosa, y es el mucho tiempo que pierde el misionero de los montes de Linabo, no pudiendo leer ni aun pensar, lo mejor y más largo del tiempo cabalgando; porque es de saber que por ciertos pasos se va, que si se descuida un pobre miope como yo sé, viene al fondo de las profundas hondonadas rodando como una pelota. ¿Y cómo no ha de suceder esto, cuando el monte de Linabo, sus comarcas y las del alto Palangui son tan difíciles de transitar, ora sea á caballo, ora á pie, que yo la reputo por esto como la más difícil de todas nuestras Misiones de Mindanao? Jóvenes y de gran resistencia reclama ella, y jóvenes que sobre ser fuertes de cuerpo lo sean á su vez de espíritu.

En los once meses que llevo de misionero siendo solo, he tenido que atender á tanta gente y tan esparramados, como V. R. sabe. En Lanip, Malugón, Libatoan, Salagapón y Mulita he bautizado á los primeros cristianos que allá se encuentran, acudiendo ellos á nuestros sermones y viendo el gran interés que por ellos les hemos siempre demostrado. Mulita, que está en lo alto del río de este nombre, es el grupo que más interés ha desper-

tado en mí, porque desde este punto ya se puede navegar por el Palangui hasta ir á Cottabato.

He ido á Mulita sin tropa ni recelos, llevando sólo unos acompañantes pacíficos. En una chocita nos hospedamos frente á la casa del dato, y es la única que por ahora se encuentra allí. Este sitio está muy acechado por los moros de Marurugao, corriendo mucho riesgo no sólo él, sino también Libatoan y Salagapón. En Lanip son ya cristianos; se llama el pueblo Cavadonga; están en gran peligro por los moros que pertenecen á la demarcación del río de Cagayán, tanto que hace poco han ocurrido muertes. Al bautizarles, acto que han celebrado con públicas fiestas y gran convite, han sido arregladas algunas reyertas pendientes, cuya sangre fresca aún les tenía grandemente recelosos, por temor á los cagayanos últimamente atacados por los de Lanip, siendo infieles, en revancha de otras fechorías por aquéllos cometidas.

Aquí hay una familia que ha de consolidar mucho nuestro Cavadonga por ser de arraigo, estar muy relacionada con los comerciantes de Tagoloan y Cagayán, y ser ellos relativamente ricos, por tener cafetales, mucho abacá, y crecida reata de carabaos y caballos. ¡Qué riqueza producen estos dos productos del monte! ¡Qué satisfacción da ver hileras de carabaos cargados, monte abajo, con fardos de abacá y canastos de café! Y para que se vea, Padre Superior, lo que garantiza la fe cristiana, y cómo es ella la salvación de los pueblos de estas tierras, concluyendo muy de cuajo con lo selvático é inhumano, ha de saber que los infieles de acá, resueltos ya á la vida social, acatando el querer de los gobernadores de Cagayán, se han ido esto no obstante, bonitamente matando, según se han dejado vencer por el más fuerte ó superándole. «Padre, me han dicho á mí, en esta cuesta, en aquella hondonada y en la otra lomita hubo tal reyerta, asesinando á tantos, más tantos que iban siguiendo en recua de animales cargados de mercancías que iban á vender á Cagayán.» Esto no lo saben muchos de los que se echan á discurrir etnográfica y filológicamente de estas razas. ¡Pobrecitos de ellos si no les infundiese Dios nuestro Señor conocimiento de la grandeza del Cristianismo, dándoles por infusión á entender que todo lo mundanal, desde el pecado venial hasta lo más levantado del salvajismo, está en oposición con la santidad de la vida cristiana! En este conocimiento de la grandeza de nuestra fe, acompañado del buen ejemplo que nosotros, aunque miserables, les damos, viéndonos lo mismo en la playa que en el monte, en la selva que en los pueblos, mezclándonos con ellos, participando de sus pobreza y privaciones; en esto está la rendición completa que hacen de sus bravuras, desde luego que reciben el bautismo. Y mire en esto V. R. la dificultad que los misioneros observamos de que se nos entregan pacíficamente. Ellos están en la plena posesión de la libertad de la selva, que es tan ancha en dar gusto á los sentidos que permite el divorcio, la libertad de conciencia y hasta el jurado moderno; permite también el horroroso sacrificio humano, y lo que casi no se puede imaginar, permite hacer carrera de íncito y poderoso por el más perverso de los medios, cual es matando el prójimo sin distinción de sexos, edad y estado. ¡Oh cuán ancho es

el camino que conduce á la perdición! ¡Cuán estrecha la senda que conduce á la vida, y pocos entran por ella! Aquí está la dificultad de hacerse cristianos que sólo la gracia de Dios puede vencer.

También he bautizado muchos en Malington, llamado novísimamente Montserrat; para ir á este grupo se pasa un río tan lleno de rocas sueltas y piedra lisa, que el agua bulle por encima de ellas, como si la tuviese un mundo de fuego en continua ebullición. Los caballos se ven á punto de caerse por no tener donde fijar el pie ó pezuña, que asientan sobre resbaladizo y movedizo suelo, que Dios sabe lo que el que le ha de pasar teme cuando se encuentra en medio del torrente, agua hasta la cintura y oyendo el áspero murmullo por los saltos que el agua da, desesperada de su irregular marcha, buscando el nivel del mar.

Ha sido muy celebrado por estos Padres del Tagoloan la conversión del dato Mapondo, que la dan por muy importante. El forma con los suyos un pueblo en Libotoan con el nuevo nombre de Valencia, que ya lo tenía, porque yo no se lo hubiese puesto, por ser demasiado nombre para un diminuto pueblo Valencia; sin embargo, promete mucho, y es avanzada para Salagapon, porque está cerca de la gran cascada del mismo nombre, en el alto Palangui. Sólo Dios es Dios, y El solo omnipotente. Figúrese V. R. que convertir á Mapondo ha sido cosa de la diestra del Dios de Abrahán, Isaac y Jacob, que por su misericordia ha querido admitir á tal personaje, capitán de salvajes, que trepaba por estas alturas haciendo guerra por sí solo, cuando no se unía á los moros, que era un sentimiento. Ahora ya es cristiano y de convicciones, porque con sólo sermonearle se ha ganado para la Religión, después de cincuenta años de haberle entrado por un oído y salido por otro el llamamiento del cielo y de los misioneros.

Es bajo de estatura, cara ancha, color muy oscuro y cabeza grande. El vestido de europeo como va ahora, ancho sombrero hongo, americana larga y negra, pantalón estrecho como se lo han querido hacer los que lo han vestido, digo, le hacen ridículo.

Esto no obstante, mucho nos ama á nosotros, y no son pocos los halagos que yo le estoy haciendo cuando con él topo por estos andurriales ó en casa cuando nos visita.

En Salagapon, que se llama Lepanto, también he bautizado, comenzando por Mansalagao. ¡Ay de Lepanto si no se le cuida bien! Están ellos muy apartados; en frente tienen manobos, muy salvajes, enemigos; pero no es ésta la más negra, sino los moros, que les han de hostigar mucho desde ahora que se nos han entregado con armas y bagajes. Padre Superior: ¡qué voces pidiendo compasión están dando estos pueblos desde Salagapon ó Bugcaon! Acudamos á ellos, y si se les apoya á tiempo y se atiende á Mulita, tenemos franco paso desde Cagayán á Cottabato, no como pasó el P. Barrado, que comenzó por verse contrariado por Mapondo y perdido por la selva hasta encontrar el río Mulita, sino otra cosa tendremos, paso libre y poblado, y se podrán utilizar las inmensas áreas de tierra inculta y perdida, donde se podría, sólo poniéndola ganado, dar inmensa

riqueza. ¡Qué cogonales perdidos! ¡Qué tierra, tan buena para café, cacao, abacá y arroz, perdida! ¡Qué bosques! llenos de maderas preciosas perdidos! ¡Y sobre todo, qué estrategia, que dicho territorio ofrece, perdida! Llevando hasta el dato Capitán que está en el río Mulita la población cristiana, tenemos sitiados del elemento cristiano á los maguindanaos de Cottabato, que ni son tantos como se creía, ni tan valientes. ¡Oh guerra provechosísima, barata é incruenta la que se le podría hacer á la media luna, poniéndola cerca de sí pueblos cristianos que dieran en su día al demontre con todos los moros! ¡Oh, cómo á vista de pueblos cristianos caería en desuso el Corán de Mahoma, que en estas tierras no tiene ni la letra ni el espíritu que en las de Constantinopla, Africa, Arabia y Alto y Bajo Egipto! Día vendrá que esto se ha de ver claro, y si llegase el momento de la toma de Malanao, ahí es nada lo que armaría para el bien y conservación de nuestras Misiones tener poblada, culta y cristiana la dilatadísima comarca del Alto Pulangui, como se ve ya la del río Tagoloan, contigua y pegada á la del Pulangui.

Cuando se filosofa sobre las guerras con los moros tenidas, dando tanta importancia al apego del moro á sus creencias, diciendo que los Jesuitas en este punto de atraerlos á nuestro campo cristiano han visto los mayores desengaños, porque nunca han bautizado á los moros; cuando esto leo yo, siempre me ha parecido que nunca hemos tenido circunstancias á propósito para que las predicaciones y otros medios evangélicos produjeran su natural efecto; porque siempre hemos estado los españoles ó reñidos con los moros, que se nos han huído, ó teniéndoles de frente defendiéndose, ó detrás ofendiéndonos, ya pirateando, ya quemándonos pueblos y cautivando lo mismo al indígena que al español.

Para la admisión de la verdad es menester que el entendimiento, dice la lógica, no esté preocupado ni mal afectado el corazón; no ha de tener espíritu de partido ni de nacionalidad, ni pasión el maestro de cualquier bando; porque las pasiones ciegan el entendimiento. También es menester que no se reporte utilidad de profesar el error. Lo cual no se puede decir del moro, con quien hemos estado siempre los españoles rompiendo lanzas, y por tanto están apasionados contra nosotros, y ven que mientras son mahometanos son independientes. Que se cambien las circunstancias; que se les ponga en situación de reconocerse nuestros dominados; que se les acerquen cristianos teniendo con ellos franco contacto y rozamiento; que se les quite las ventajas que reportan de su falsa religión, y yo juro que de las manos les han de caer los Coranes y del corazón el amor al Mahometismo, cuya religión ya entre ellos anda confusa y tan desconocida que ni su autor la conociera, así naciese expresamente para ello.

Heme ido de mata en mata saltando en esta carta hasta ir á este final, porque en Sevilla hace pocos días he estado dos noches muy alerta, por la noticia de que nos iban á atacar trescientos moros de Marurugao, que yo he de vencer para Cristo, si consigo llevarles á sus mismas viviendas la población cristiana.

En Salagapon he bautizado dos parejas de moros finos, que cuando salieron los que vivían en Libatonan se han quedado aquí: estos dos matrimonios no han

costado nada, siguiendo al pueblo en admitir el Cristianismo.

Me voy alargando mucho. Tome V. R. estas cosas que yo digo salidas de mi ardiente ánimo de convertir á todos los infieles; esto tal vez sea lo que me haga ver todo de olor de rosa. Si voy á Dávao, allí hay gran campo donde trabajar y experimentar.

CAROLINAS ORIENTALES

Consoladora transformación de los indígenas

El R. P. Fr. Buenaventura de Alboraya, misionero capuchino, escribe al Rmo. P. Joaquín de Llevaneras, desde Ponapé, el 6 de Septiembre último:

CARÍSIMO Padre: No ha transcurrido un año desde que la obediencia me destinó á esta importante Misión de Kiti, como auxiliar del P. Bernardo de Sarriá, y no puedo menos de tomar la pluma para hacer una breve reseña del actual estado de cosas de esta pequeña posesión española, poniendo de manifiesto el estado de civilización, cultura y religión de los indígenas, y dando una ligera noción de las costumbres del país. Verdad es que éste es trabajo incompetente á un misio-

hijos en busca de la oveja perdida, y aquel terreno, lleno entonces de malezas y dificultades, cuya primera impresión debió tal vez desalentar á V. Rma. infundiéndole pocas esperanzas de poder llegar á poseer una perfecta organización social y religiosa, hoy ha cambiado de aspecto; la civilización ha penetrado en el seno del hogar doméstico; el salvajismo ha ido decreciendo como por encanto; las costumbres han perdido el carácter refractario á la civilización que las distinguía, y el Catolicismo está tomando de día en día mayores proporciones en las tribus encargadas al cuidado de los misioneros.

Creo ciertamente, reverendísimo Padre, que todavía no se habrá borrado de su mente el aspecto encantador que presenta la isla, mirada desde su puerto. Los manglares que adornan su entrada, semejan pequeños sotos entoldados de perpetuo follaje, cuyo verdor y lozanía recrean los sentidos del espectador. La exuberante vegetación que tapiza toda la isla, cual rica alfombra pintada de innumerables matices de verde, y los seculares y frondosos árboles que descuellan hasta en las cimas de sus montes, recuerdan al hombre pensador, que no solamente la criatura racional tributa á su Dios himnos de alabanza y amor, sino que también la natu-



COCHINCHINA.—Aldea de Buon-Tho. (Pág. 514)

nero nuevo, falto del veraz testimonio de una larga experiencia; mas á ello no me atreviera, á no mediar la indicación del Padre Presidente y los ardientes deseos de V. Rma. de saber los adelantos de estas remotas islas, que visitó por primera vez en el año de 1886.

Sí, carísimo Padre; V. Rma. se dignó venir delante, para explorar el terreno que habían de recorrer sus

raleza canta á su modo las glorias de su Hacedor en la espesura de sus bosques y en la amenidad de sus valles.

Entre las muchas islas que componen este Archipiélago, la más culta y civilizada es indudablemente la de Ponapé, ya por la notable disposición y carácter de los naturales, ya también por haber sido dominada mucho tiempo por los ingleses antes de nuestra llegada. Entre

éstos se mezclaron los metodistas, cuyas doctrinas disolventes y anticatólicas hicieron mella en los corazones de los pobres carolinos, y echaron desgraciadamente hondas raíces que todavía conservan los viejos, y cuyos retoños difícilmente se puede extirpar. Se ha inoculado en sus almas el veneno protestante, y solamente la gracia es capaz de expelerlo. Por tal razón nuestros

lla evangélica; mas ahora se *regocijan* en el Señor, ofreciéndole *los manojos* recogidos con el auxilio de su gracia. *Euntes ibant et flebant mitentes semina sua; venientes autem venient cum exultatione portantes manipulos suos.*

Al hablar de la conducta de estos cristianos, no puedo menos de llamar la atención sobre su fervor y puntua-



COCHINCHINA.—Dique de Nathrinh (Phan-Rang). (Pág. 514)

trabajos apostólicos no han producido relativamente el apetecido fruto hasta estos tiempos, si bien es verdad que el Señor no ha dejado sin recompensa visible los sudores pasados y presentes, obrando algunas ruidosas conversiones, que son un triunfo para la Religión católica. Entre ellas, las de los reyes y reinas de Chokach y Kiti merecen contarse en primer lugar, por el singular ejemplo que dieron á la isla, siendo causa de que muchos súbditos suyos abrazasen también el Cristianismo, fuente única y exclusiva del verdadero progreso.

No me detengo en referir la función solemnisima que se hizo, por haberla descrito extensamente el Padre Presidente de la Misión, al comunicar á V. Rma. tan fausta noticia (1). Solamente añadiré la no menos notable circunstancia de haber pedido también el Bautismo los dos reyes de U y Not, que ahora se están preparando con edificación de todos los pulditos, quienes desean igualmente imitar la resolución de sus soberanos, abandonando la postración moral y social en que yacen. ¡Ah! verdaderamente ha premiado el Señor los trabajos de sus operarios, que *vinieron llorando y esparciendo la semi-*

lidad en la observancia de las prácticas religiosas, particularmente en los ayunos; pues muchos en caso de duda se han pasado todo un día sin comer hasta la noche, en que han tomado una ligera colación.

Confiesan y comulgan todos los meses y aun con más frecuencia; y en la asistencia á la Misa en los días festivos son tan puntuales, que, aunque caiga una lluvia torrencial, no dejan de asistir una sola vez.

Son asimismo muy aficionados al canto, y tienen oído muy fino para aprender los cánticos populares de España, y otros muchos que se les han enseñado. Todos los días acuden á esta escuela de Kiti más de ochenta alumnos de ambos sexos, donde aprenden á leer y á escribir en español, y estudian el Catecismo en idioma carolino, geografía y matemáticas, distinguiéndose en estas últimas por su constancia y aplicación. Terminada la clase, se ensayan los cánticos nuevos, que siempre hay, y después desfilan para sus casas cargados de libros y pizarrillas, devanándose los sesos por resolver algún problema difícil, cuya resolución se les ha impuesto, y que no han logrado terminar en la escuela. Cualquiera que presenciara este acto, disfrutaría, viéndolos exponer sus opiniones y resolver el problema con más ó

(1) Véase la pág. 468.

menos acierto. La misma norma de estudios se observa en las escuelas de las otras tres tribus, con la misma concurrencia próximamente.

Además de esta escuela que tenemos en Kiti, hay otra en Ronkiti, perteneciente á esta misma Misión, que cuenta con más de sesenta alumnos de ambos sexos notablemente aplicados al estudio. De manera que de las cinco tribus ó reinos que hay en Ponapé, cuatro tienen ya residencia de Misión y escuela formal con las mismas asignaturas.

Por lo dicho podrá formarse una idea general del estado de la Religión en dichas tribus, y de los cristianos tan ejemplares en su observancia. Ahora me parece no estará de más que diga algo á V. Rma. sobre las costumbres de estos indígenas, para completar la reseña que me he propuesto hacer.

Al hablar de dichas costumbres más ó menos raras, no me detendré en explicar los tatuajes que verifican en el cuerpo, tan caprichosos como los gustos de cada uno; ni en referir el modo de hacer los linimentos y aceites que usan para ungirse la cabeza y otras partes del cuerpo; ni mucho menos en escribir sus juegos tan sencillos como variados, por ser estas cosas tan comunes y sabidas, y principalmente, por haber decaído mucho desde que la cristiandad se ha aumentado considerablemente y conocido las ventajas de la civilización. Solamente haré mención del modo de elaborar el *choko*, bebida narcótica que extraen de las raíces de la planta del mismo nombre, y que para ellos es la más exquisita, á pesar de ser desabrida y áspera al paladar.

Esta bebida se hace en una casa grande y espaciosa llamada *nach*, donde se reúnen para repartirse la pesca y otras comidas especiales. Sobre una gran piedra algo cóncava trituran las raíces del *choko*, hasta que han despedido todo su jugo; luego las exprimen, dejando caer el líquido en vasos de coco, que presentan al rey, haciéndole su postración correspondiente, después á los jefes y así sucesivamente. Es de notar que durante la elaboración y bebida del *choko*, guardan todos sumo silencio, no oyéndose más que los descompasados golpes de las piedras con que machacan las raíces.

Acerca del modo de enterrar á sus difuntos, no hay que decir nada de particular; pues luego que los ungen bien con aceite de coco, y adornan con variedad de flores, los entierran junto á la casa con los gritos y lamentos propios del acto, después del cual recogen todos los bienes del finado, hacen de ellos un solemne convite y se los distribuyen entre sí con escrupulosa igualdad, sin peligro de que el recuerdo de la escena matutina perturbe su extraordinaria algazara.

Paso por alto otros muchos detalles y menudencias, por no hacerme molesto y no permitirlo los estrechos límites de una carta. Solamente añadiré, para mayor claridad é inteligencia, que todas las costumbres propias del estado salvaje se van olvidando insensiblemente, sobre todo desde que han aumentado los cristianos, quienes las consideran degradantes, como realmente lo son.

Creo haber llenado suficientemente el encargo indicado, accediendo á los deseos de V. Rma., y no dudo de que las verídicas noticias que le comunico de estas remotas posesiones españolas, vasto campo de los mi-

sioneros Capuchinos, sus amados hijos, animarán á los futuros operarios y les infundirán ardientes deseos de compartir con nosotros las tareas apostólicas, para secundar de este modo los deseos del Divino Pastor Jesús, que vino á buscar á la oveja perdida y manifestar su voluntad de atraer y conducir á su redil otras ovejas que no son de su rebaño, pero que urge anunciarles la verdad evangélica y disponerlas para entrar á formar parte del único rebaño verdadero, dirigido y apacentado por un solo Pastor.

LOS CHAMES Y SUS SUPERSTICIONES

POR EL R. P. DAMIÁN GRANGEÓN, MISIONERO EN COCHINCHINA ORIENTAL

II.—Creencias y prácticas supersticiosas

(Continuación)

FUNERALES ENTRE LOS CHAMES

Todo entre los chames es un motivo para hacer sacrificios. ¿Se ha adquirido un carro nuevo? A momento el propietario le pone al lado algunos comestibles, enciende bujías, y hace reverencias á los dioses, reyes y señores de toda categoría. Rocía luego el vehículo con agua lastral, lo lava á chorros, y por último le hace á trechos ligeros cortes con un cuchillo. Esto lo consideran preservativo seguro contra los accidentes de viaje. ¿Qué no harían si se tratase de un ferrocarril?

Cuando nace un niño, alimentan durante siete días un fuego vivo con madera especial, y encienden además un largo cirio, todo para alejar los malos espíritus. Las cenizas de este fuego sagrado las echan en una encrucijada sobre otro montón de ceniza de igual naturaleza y procedencia. Acto continuo ofréncense sacrificios en acción de gracias, y para poner el recién nacido bajo la protección de todos los dioses y diosas que encontrará más tarde. Ciertamente no le faltan patrones; ¡pero es para conducirlo al infierno!

Como entre todos los semitas, celebran los funerales con gran aparato y ritos muy singulares, sobre todo por parte de los paganos. Estos practican la cremación, y los musulmanes la inhumación.

Momentos después de ocurrir una defunción, los chames banys levantan un cobertizo en el patio, y allí depositan el cadáver desnudo sobre una tabla, lavándolo previamente y cubriéndolo con trajes nacionales, dos ó tres veces si son pobres, y á los ricos de diez á veinte. Con vendas sujetan todos estos vestidos y envuelven el cuerpo de piés á cabeza.

A la hora fijada lo conducen por la noche al lugar de su sepultura, y lo depositan sin ataúd en una fosa provisional. Al salir de la casa, toda la familia ha tenido que saludarle tres veces al estilo del país, esto es, con postraciones hasta tocar el suelo con el vientre, lo que se repite durante la inhumación. Hombres, mujeres y niños ruegan al difunto que no vuelva para atormentarles, prometiéndoles por su parte, hacerle frecuentes

visitas. Ponen una piedra sobre la cabeza, y otra más gruesa á la mitad del cuerpo. Luego se retiran. Los bonzos ó imanes asisten á casi todas estas ceremonias para santificarlas con sus preces.

He hablado de fosa provisional, y es que, efectivamente, uno ó dos años después del enterramiento se hace la exhumación con los mismos ritos y prácticas. Recogidos los huesos, los amontonan en una cajita, que sepultan en un sitio más conveniente y apartado, que viene á ser como un cementerio común, colocado generalmente en las inmensas dunas, ó al pie de las montañas, soledad de muerte en donde ningún emblema de esperanza eleva el alma hacia el cielo.

Los chames paganos usan distintas ceremonias para la cremación, que es obligatoria tratándose de adultos, por ser la única que purifica, á su entender, de toda mancha moral. Las familias de los pobres, no pudiendo subvenir á los gastos de una ceremonia que la costumbre ha hecho costosísima, entierran sus difuntos con promesa de cremación así que tengan medios para ello.

Ordinariamente fijan un plazo de uno ó dos años, y como al finir éste son aún miserables, ofrecen en sacrificio al difunto una gallina ó un pato, suplicándole que tenga piedad de su pobreza, y no les castigue una ingratitud involuntaria. Nueva promesa de cremación para una época indeterminada satisface al muerto, y pone á los vivos al abrigo de su venganza.

No conociendo esta pomposa operación sino por el cuadro incoloro que de ella me han trazado los chames, copiaré en parte la descripción de R. Aymonier, que la presencié por sí mismo:

«Apenas exhalado el postrer suspiro, lavan el cuerpo, y lo cubren con numerosos vestidos, que sujetan con vendas blancas: queda libre la cabeza, que velan, sin embargo, con múltiples sudarios. El cadáver toma así el aspecto informe de un grueso rodillo de trapos. Entre tanto se ha construido en el patio de la familia un vasto cobertizo de paja, y en medio de él un estrado con bambús entrelazados que no lleguen al suelo. Allí depositan al muerto, poniendo bujías encendidas á la cabeza y á los piés. Encima, bellos lienzos con filamentos de oro forman un pabellón del que cuelgan figuras de papagayo y de otros volátiles hechas con papel dorado, representando las aves que deben conducir el alma del difunto, como dicen los indígenas. Los bonzos convocados tejen gavillas de hierba sagrada, y las colocan al rededor del cadáver y delante del cobertizo: lanzas, sables, arcos y flechas, banderas varias, telas preciosas y multicolores adornan los tabiques de esta cámara mortuoria.

«Durante todo el tiempo que transcurre desde la muerte á la cremación, y que puede durar un mes ó más, debe hacerse compañía al difunto, banquetearlo á costa de su familia. Hombres y mujeres, jóvenes y viejos, forasteros al igual que los parientes y amigos, se reúnen de todas partes para festejarle. Violines, guitarras, flautas, tambores y címbalos alternan para acompañar los bailes y amenizar los festines. Los convidados, que se entregan á jolgorios de todo género, vuelven repe-

tidas veces para honrar al difunto con francachelas. Los hijos y nietos, y otros muy próximos parientes del difunto, deben abstenerse de comer carne hasta después de la cremación, en testimonio de su dolor.

«Además de esta compañía alegre y variada, el cadáver debe estar asistido constantemente por bonzos de toda categoría. Día y noche estos señores le honran con su presencia y le ayudan con sus preces. Además, preparan sus comidas y se presentan tres veces al día, en las horas acostumbradas. Entonces por cortesía y caridad le descubren la cabeza. Como el difunto invitando no muestra tener gran apetito, llénanle de carne la boca. Los alegres sonidos de la guitarra y del violín ponen el colmo de la ironía á esta escena ya tan amargamente grotesca.

«Por fin hay que proceder á la cremación, pues los gusanos acentúan rápidamente su repugnante obra. Fijado el día, los bonzos de primera clase construyen un catafalco monumental del que cuelgan numerosas figuras de toda clase de animales, y flores diversas de papel dorado. Depositán en él el cadáver, cubierto de largos sudarios. Los numerosos portadores, cuéntanse hasta sesenta, vestidos todos de blanco, colócanse en sus respectivos lugares. Rodean el catafalco los bonzos y otras gentes de casta, vestidos también de blanco, y teniendo en la mano una larga caña en la cual están pegadas cinco bujías de cera. Delante hay la orquesta, y detrás las lloronas, con vestidos y velos blancos. Por fin las gentes del pueblo con banderas ó armadas con lanzas, sables y hachas, están dispuestas en doble hilera, mitad delante, y otra mitad detrás del cortejo. Todos ciñen fajas blancas sobre sus vestidos ordinarios.

«Tomadas estas disposiciones, el cortejo emprende la marcha al son de los instrumentos. Adelantan con pausa, dando el catafalco frecuentes vueltas, de suerte que el cadáver tiene ora la cabeza, ora los piés hacia adelante, y hallándose á veces de través por el camino, pues se trata de desorientarle, de hacerle perder completamente la ruta de su casa. A este fin la gente del pueblo corre de todos lados, se cruza repetidas veces, pasando de delante atrás y recíprocamente. Esta marcha lenta, pero de movimiento continuo, no cesa hasta llegar al sitio de la cremación, generalmente poco distante del pueblo. Allí se adelanta un bonzo, examina el lugar más propicio, y con azadón señala los cuatro lados del emplazamiento de la hoguera. Los asistentes quitan la hierba y limpian el suelo en los límites trazados, y levantan la pira. Durante este tiempo los bonzos quitan el vendaje de lo que no tiene nombre, y le descubren la cabeza para darle la última comida. ¡Espectáculo asqueroso é insoportable! Conviene advertir que para aguantar el terrible hedor de putrefacción que se respira, aquellos infelices ordinariamente se embriagan con vino. Saciado por última vez el muerto, lo cubren, y con su catafalco lo colocan en la pira, á la que todas las gentes de casta dan tres vueltas con solemnidad, depositando en ella las bujías de sus cañas, y pegándola fuego.

«Una vez la hoguera bien encendida, echan en ella los vestidos y otros objetos personales del difunto, para su uso en el otro mundo: la avaricia en esta materia atraería toda suerte de males á la familia, sobre todo



LOS DESPOSORIOS DE NUESTRA SEÑORA

(Pág. 524)



EL MARTIRIO DE SANTA CATALINA

(Fresco de Luini en la iglesia de San Mauricio de Milán). (Pág. 525)

de parte de las mujeres, privadas así de sus adornos. Las riquezas perdidas de esta suerte son efectivas, y no en papel dorado, como entre los chinos y anamitas en multitud de circunstancias. La familia, los amigos, los asistentes, aprovechan esta partida para enviar á parientes difuntos víveres y otros objetos de primera necesidad, como lienzo, ceñidores, tabaco, arroz, escupideras, platos y aun dinero. Escriben la lista en un papel con el nombre del destinatario, y listas y objetos los ponen en bonitas cestas que fijan en las paredes del catafalco. Las gentes de casta permanecen en los cuatro ángulos de la hoguera, vigilando la cremación y rezando oraciones. Los asistentes ruegan también, levantando las manos é invocando á los antepasados, mas pronto alternan con sus preces las conversaciones, risas y chanzas de todo género.

«Cuando el cadáver está medio consumido, uno de los bonzos levanta la parte superior del cráneo con una especie de pala, que conserva en el fuego hasta que casi no contenga más que ceniza; añadiéndose con frecuencia huesos de piés y manos. Encierran estos restos minúsculos en una cajita de cobre, y toda la asistencia vuelve á la casa mortuoria. Un bonzo de los grados superiores, que toma el nombre de «señor de «la tristeza,» quedó en ella para guardarla durante la cremación. Cerró la puerta asegurándola tanto como le fué posible, y no cesó de increpar ásperamente los cuatro ángulos del recinto para impedir que el muerto volviese á domiciliarse en él. Al regreso, los bonzos y portadores apostrofan también el camino. Llegados á la puerta parlamentan con el guardián para darse á conocer y pedir les franquee la entrada. El jefe de la familia les saluda y les da otro banquete.»

Las cajas ó urnas funerarias en las cuales encierran una pequeña parte de la ceniza de cada cuerpo quemado, se denominan *klong* mientras permanecen vacías, y *kut* así que están llenas. Se hacen ó compran de antemano. En otro tiempo eran de oro ó plata, pero hoy son todo lo más de cobre, para no tentar la codicia sacrilega de los ladrones anamitas. Respetuosísimos cuando se trata de las tumbas de su raza, esos desapiadados conquistadores no tienen el menor escrúpulo en profanar las de sus contrarios vencidos.

Todo individuo acomodado se muestra celoso, á la edad de sesenta años, de procurarse su *klong*, como los chinos y anamitas compra con tiempo su ataúd. Mas no lo guarda en casa, por temor de que este continente reclame hartos pronto su futuro contenido. Lo oculta sin tardanza en los bosques, á vista y conocimiento de un miembro de su familia. Cuando, á pesar de todo, el *klong* se convierte en *kut*, lo vuelven á la casa, y sólo al cabo de un año van á enterrarlo en la tumba de familia, cerca de los otros *kuts* de los antepasados.

Estos sepulcros se colocan en una propiedad particular, á la sombra de un árbol y á veces de un bosquecillo sagrado, que no tocan por creer que cometerían una profanación muy peligrosa.

Compónense generalmente, para cada familia, de

cinco piedras ó mojones, midiendo más de un metro de largo, y alineadas unas al lado de otras, tres indicando especialmente la sepultura de los hombres, y dos la de las mujeres. Encuéntrase algunas muy bien trabajadas, pero pertenecen á los antiguos tiempos de prosperidad. El conjunto de estas piedras sepulcrales, lo mismo que cada una de ellas, lleva el nombre de *kut*, al igual que la caja funeraria cual presencia indican.

Allí es donde los antepasados, representados por sus cenizas, reciben los presentes y homenajes de sus descendientes. Los sacrificios y ceremonias en su honor se hacen dos veces al año, en cada fiesta pública, y también accidentalmente en la muerte de un miembro de la familia, ó para cumplir un voto ó pedir un favor. La materia, como siempre, consiste en cabritos, gallinas, patos, arroz y frutos diversos. A veces asisten los bonzos para invocar á los muertos con libaciones y súplicas, y transmitir su respuesta favorable. Los miembros de la familia, comenzando por las mujeres, hacen tres postraciones delante de cada piedra.

El egoísmo supersticioso tiene más parte que la piedad filial en este dispendioso culto. El olvido de los difuntos, en efecto, no sería solamente una ingratitud sino también copioso origen de calamidades. Además, cada sacrificio á los antepasados es ocasión de glotonería para toda la parentela. Vientre pagano nunca sabe separar su apetito de su devoción. Por último, ya he señalado la influencia desastrosa de un *kut* descuidado ú oculto por malicia en un campo.

¡Cuán hábil es el demonio en emplear los muertos para la pérdida de los vivos! Y ¡cuán consolador es cantar con la Iglesia delante de un féretro: «Gracias os damos, Señor, por habernos dado en Cristo la seguridad de la resurrección feliz!»

LOS ÑIS Ó ÑI-PAS TRIBU LOLOTA DEL YUN-NAN

POR EL P. PABLO VIAL, MISIONERO APOSTÓLICO

III

Mi instalación en Lu-mei-y

La Asunción en Tien-sen-Koan.—Toma de posesión de Lu-mei-y

ABRIR brecha en la ciudadela es algo, pero no todo; pues hay que instalarse en ella para arrojar fuera al enemigo.

La fiesta de la Asunción estaba próxima, y debía pasarla en Tien-sen Koan. Antes de partir, invité á todos los hombres de buena voluntad á venir á celebrarla.

A falta de otro motivo, la curiosidad había de atraerles. En efecto, el día fijado, oí á lo lejos el toque del tambor y de la trompeta: mis indígenas llegaban en gran ceremonia.

Llovía copiosamente, pero nada era capaz de detenerlos: á la entrada del pueblo pusiéronse en orden de danza. Cada uno tenía su instrumento: un palo, una lanza, una espada, una honda, una mandolina, una flauta, y majestuosa, lenta y gravemente se adelanta-

ron manejando con destreza y cadenciosamente el arma favorita.

El león abría la marcha: era un armazón cubierto con lienzo de varios colores: un hombre iba á la cabeza, otro á la cola, y saltando imitaban los movimientos de la noble bestia.

Todo el pueblo había salido de sus casas; los chinos con el rostro amarillo y seco, y las mujeres, de piés pequeños, miraban atónitos la procesión.

Por mi parte decía:

—¡Oh Dios mío! Tomad posesión de estas almas sencillas, de estos corazones no maleados aún por la corrupción china. Permitid, permitid que se acerquen á Vos estos niños.

No podía en mi casa desplegar la magnificencia de nuestras ceremonias.

En vez de las oraciones prolongadas que los cristianos acostumbran, y que allí todo el mundo ignoraba, hice rezar el Rosario, y luego acompañado del harmonio, canté hermosos himnos á la Santísima Virgen.

En honor de esta Señora, á quien aún no conocían, bailaron aquellas buenas gentes.

Excusado es decir que despacharon gustosos la comida. Carne y legumbres todo estaba cocido junto, y servido en baldes colocados en el suelo: al lado había el arroz y la calabaza de vino.

El indígena habla poco, y come mucho y con lentitud: nunca levanta la voz ni disputa. Siéntanse sin distinción de sexos, con escándalo de los chinos; pero, más honrados que estos últimos, los lolos se guardan muy bien de toda palabra y gesto inconveniente.

El día siguiente, al separarse, invité á los que quisiesen hacerse cristianos que diesen su nombre, y quince familias se inscribieron.

Fijé día para ir á instalarme en Lu-mei-y.

Este pueblo es próspero, y á pesar de contar ciento veinte familias, no puede cultivar todas sus tierras: por su prosperidad está á la cabeza de todos los pueblos indígenas.

No habiendo ninguna casa desocupada, propuse á una familia que me cediese parte de la suya, á lo que accedió gustosa. Relegaron los bueyes á la casa de un pariente, y me instalé en su lugar: algunas tablas cubiertas con telas formaban un altarcito en medio de la habitación. El llanto y los gritos de los muchachos, el movimiento de una granja, el humo sin salida, el olor *sui generis* compuesto de perfumes desconocidos, el lenguaje incomprensible para mí, todo me anunciaba que mi existencia iba á sufrir una transformación, y que debía despedirme de la civilización, de la cortesía y de la vida chinesca.

No me entristecí por ello.

Sé muy bien que un misionero debe acomodarse á todo y con todos, y diez años de apostolado entre los chinos no han logrado hacerme repulsivo un pueblo que tiene graves defectos, pero también bellas cualidades. Sin embargo, si la buena voluntad puede hacer abstracción de los gustos, no así aniquilarlos. Hay que reprochar á los chinos falta de corazón, de franqueza y de espontaneidad. Entre ellos el interés es lo preponde-

rante; su falacia todo lo echa á perder, y su civilización lo menosprecia todo.

Nuestros cristianos chinos tienen fe, esto es evidente, y antes que volver á los ídolos se harán librepensadores. Mas su fe permanece en el estado de conciencia individual; no se socializa, es decir, no entra para nada en la dirección de la sociedad.

Mientras no salgáis del terreno de los mandamientos, de la oración, de los Sacramentos y de los actos de la Religión, un chino cristiano os escuchará y obedecerá.

Pero decidle que no es permitido el engaño, que tal acto es contrario á la justicia, que tal interés es usurario, que está prohibida la venganza, y por cada diez nueve os contestarán que todo esto no es corriente en China.

Así sucede que en el Celeste Imperio se salva el individuo, pero no se convierte la sociedad.

El indígena lolo, tal como lo conozco al cabo de tres años de experiencia, tiene sus defectos que me hacen comprender por qué nunca ha podido formarse en cuerpo de nación; pero, precisamente á causa de estos mismos defectos, es fácil dirigirle. Niño aun en la senectud, no posee ley ni regla; su código se forma de costumbres. En esta naturaleza virgen el raciocinio tiene poca fuerza: una buena palabra, un buen ejemplo le convence más pronto que el argumento más perentorio.

Embargado por estas ideas me instalé en Lu-mei-y.

Todas las noches los nuevos adoradores y adoratrices se reunían en mi casa después del trabajo: Empezábase por hablar de las cosas del día, y luego se fumaba y estudiaba.

Dejando aparte las prolongadas oraciones chinas, me limité á las principales, y aun así no era poco el trabajo.

Durante el día sólo tenía algunos muchachos, que no siempre acudían al llamamiento.

IV

Viaje apostólico al través del país de los ñis

Cultivo del arroz.—Descripción del país ñi

En Yun-Nan hay un medio sencillísimo de conocer el clima del país por donde se viaja: basta observar la especie de arroz que se cultiva.

Hay el *tia-ku*, el *tche-ku* y el *han-ku*.

El *tiao-ku* no se sostiene en el tallo; el menor movimiento lo hace caer; por esto lo trillan en el mismo arrozal y lo transportan á éstos.

El *tche-ku*, por el contrario, se adhiere fuertemente al tallo, y lo trillan cuando está seco.

El *han-ku* se siembra como el trigo en las pendientes de las montañas y no en el agua; produce menos, pero resiste mucho más al frío.

El *han-ku* se cultiva, pues, en los países relativamente fríos; el *tche-ku* conviene á los países templados, y el *tiao-ku* sólo madura en los países cálidos.

En la llanura de Lu-lan, lo mismo que en Lu-mei-y, cultívase el *tiao-ku*; es decir que hace allí calor y madura la cosecha cuando en la montaña es todavía hierba.

A causa de esto cada año los lolos, hombres y mujeres, descienden en masa á buscar trabajo, aguardando que la cosecha les llame á su casa.

Todas las mañanas estos trabajadores se reúnen en la plaza del pueblo, provistos de instrumentos, y los propietarios acuden á contratar los que necesitan.

Lu-mei-y, debido á la extensión de sus terrenos, atrae todos los años gran número de estos obreros. Ordinariamente son indígenas, y por lo demás, aun entre los chinos, son preferidos los lolos, que hablan menos y trabajan más.

Estos trabajadores no volvían nunca á sus casas sin hacerme una visita: los hombres querían ver mis cuadros y los objetos de mi uso; las mujeres deseaban oír mi harmonio, y las niñas esperaban algunos abalorios.

Para ganar estas buenas almas me prestaba á sus deseos, y pronto la tribu entera conoció al Chen-fu tan bueno y que hablaba tan bien.

Chen-fu (padre espiritual) es un título honorífico y mi apellido: á nadie le acudió la idea de preguntar mi nombre patronímico, puesto que ellos no lo tienen.

Precedido por esta excelente reputación, resolví hacer un viaje en la tribu, y confiando llegar hasta Koang-si-fu, en país chino, además de mis domésticos indígenas, hice venir un cristiano de Tien-sen Koan.

Antes de partir demos una descripción general de la comarca. Inútil es buscar estos países en los mapas. Los más detallados no consignan sino el emplazamiento de dos ó tres ciudades principales, y aun no con toda exactitud.

El país de los *pis* se extiende desde la subprefectura de Lu-leang, al Norte, hasta la subprefectura de Mi-lee, al Sur, y desde la ciudad de Lu-lan al Oeste, hasta la de Koang-si, el Este. Mide, siguiendo los caminos principales, ochenta kilómetros de Norte á Sur, y cincuenta de Este á Oeste.

Todo el sistema orográfico de este país depende de la majestuosa montaña que los chinos llaman Lao-kui-chaim, y que los indígenas denominan Gepoma, es decir, Monte Real. Esta montaña, situada casi en el centro, corre de Sudoeste á Nordeste, y divide el país en dos partes perfectamente marcadas.

Al Este, hasta la llanura de Koang-si, el país es bajo, profundo, formado de valles ricos y umbrosas montañas. El agua abunda, y los terrenos son con harta frecuencia pantanosos. Los habitantes no se distinguen por su inteligencia, y nótese que muchos padecen de papera. Las minas de carbón (anthracita) son abundantes en explotación.

Al Oeste de Gepoma el país es totalmente distinto: elevado, pedregoso, peñoso, árido, presenta cumbres sin sombra y valles sin agua. Mas el lolo es alegre, franco, robusto, lleno de salud y de ingenuidad. Su vivienda es sólida: sus establos apenas pueden dar cabida á los bueyes, cabras y cerdos: el heno está amontonado en la granja ó al aire libre, pues hay que guardarlo para el invierno, no á causa de la nieve, sino de la sequía.

Cada población tiene uno ó dos estanques donde beben y patullan hombres y bestias.

Las villas están muy distantes unas de otras, pero cuentan numerosa población. Por sus anchos caminos vese á menudo el carro, que, al revés del de los chinos, tiene el eje inmóvil, girando sólo las ruedas. El terreno no es llano ni montañoso: sube insensiblemente del Oeste al Este, y apoya sus últimos contrafuertes en el Gepoma.

Tal es el país que voy á visitar. Indicaré las poblaciones por su nombre chino; pero como con frecuencia los lolos lo ignoran, colocaré el nombre indígena entre paréntesis.

Partí ocho días después del primero del año chino: gran fiesta, y por lo mismo extraordinaria afluencia á la fuente del dragón negro Hec-long-tan (Jenæ-du). Esta era la ocasión de romper una lanza contra el diablo.

Salí á pie, en compañía de gran número de cristianos. La jornada no era larga (ocho kilómetros). Caminamos primero á través de los campos, por permitirlo así la estación. A trechos encontramos chinos é indígenas que se dirigían á la fiesta.

A nuestra derecha se veía la ciudad de Lu-lan, sentada entre dos colinas.

A izquierda, más cerca de nosotros, estaba la ciudad de Pee-long lan (A-mæ-tsiæ), en gran parte indígena, donde viven algunas familias cristianas. Está adosada á la montaña, y posee abundante fuente, que ocasiona numerosos procesos. Una aldea china, colocada más abajo, pretende disponer exclusivamente del agua: viene á ser casi una repetición de la fábula del lobo y la oveja. Supondréis acaso que el asunto es claro; pues no, señor, hace diez años que dura el pleito. En China la justicia tiene los ojos vendados, y no distingue lo verdadero de lo falso sino palpándolo con la mano.

Al salir de la llanura el camino sube entre rocas, y al llegar á la cresta vimos la fuente en el fondo de un barranco. Bajamos rápidamente, y pronto llegamos á la orilla de un riachuelo que sale de una caverna subterránea, cuyas azules aguas no hacen sospechar su profundidad. Ofrecióse á nuestra vista un circo de muros gigantescos, y un arroyo de aguas lípidas que salía de debajo de la roca.

SAN ANTONIO EN ASIA

LA Religión lo llena todo: cual reina inteligente y majestuosa llena de bondad, de gracia y hermosura, no sólo atiende á la vida del espíritu de sus vasallos, sino que no olvida los sucesos é intereses de la vida práctica de los particulares ni de los pueblos. Deidad bienhechora, su gozo y su gloria es la beneficencia y el amor, de que tanto necesita nuestro caduco siglo. Quererla relegar á las regiones de la sola y fría abstracción metafísica, es un crimen de lesa humanidad; pues á pesar de la ignorancia y mala fe, que quisiera no existiera, ella es un hecho real, tangible; un hecho

eterno á cuyo alrededor todo gira, y en cuya base todo descansa y gravita. Ella ha ocupado siempre el pensamiento de Dios que la ha hecho práctica, y el alma de los acontecimientos útiles á la humanidad; debe, por consiguiente, ocupar también la inteligencia del humilde creyente, á quien consuela en las miserias de la vida; la inteligencia de los políticos, á quienes da justas ideas para fundamentar las teorías y prácticas del amor en beneficio de los pueblos; la inteligencia de los filósofos, á quienes libra de aumentar la larga lista de los absurdos y delirantes ensueños y errores que, hace dos mil años, echaba en cara á los de su tiempo Cicerón cuando decía: *Nihil est tam absurdi quod, ad aliquo philosopho, non dicatur*: «No hay error que no haya sido apadrinado por algún filósofo;» debe, en suma, ocupar

influjo y la necesaria libertad, quitáis al cuerpo el alma que le informa, al árbol la raíz que lo fija y sustenta, al río el manantial que lo forma, á la naturaleza el sol que la da calor, exuberancia y vida... Pero no os en- griáis, si os oponéis á la acción y vida de la Religión, vuestro triunfo es vano, fugaz y pasajero; Dios la protege, y la promesa divina jamás faltará: «Las puertas del infierno jamás prevalecerán contra ella.»

Además. Dios ha dado á la Religión verdadera un programa á la par que inteligible y sencillo, trascendental, admirablemente profundo y divino; ¡meditad en él, gobernantes! y vedlo: *Amor de Dios hasta el sacrificio; amor al prójimo hasta el heroísmo*. ¿Lo veis qué corto es? pues meditad en él, y veréis que mata todos los perjudiciales egoísmos y es la base de



YUN-NAN.—Vista de Lu-mei-y. (Pág. 518)

la Religión la atención de los economistas, pues sin los datos que, con la observación, fielmente presta, no pueden soñar ni formular sino utopías desdichadas de tristes consecuencias para la sociedad, que, con angustia y dolor, no puede ver más que la horrible miseria de las clases proletarias y las locuras temibles de la anarquía social.

Dios ha hecho práctica la Religión; necesita, por consiguiente, libertad é influjo para ser bienhechora á los pueblos; necesita, ¡oh gobernantes de nuestros tiempos! que la deis una justa y proporcional expansión para que lleve á la práctica su acción actual, efectiva, activa, en forma material y palpable, como la tiene el espíritu sobre el cuerpo, la raíz en el árbol, el manantial en el río, el sol en la naturaleza: si la negáis el

todas las ciencias sociales. ¿Dudáis de ello? ¡Pobres hijos de la miseria y del polvo! Con ese programa ha formado Dios, para confusión vuestra, de un difunto el *gran Economista cristiano de fin de siglo*.

En efecto, San Antonio de Padua, con su *Pia Unión* para los pobres, y su *Pan* para los pobres, es el gran Economista de nuestros tiempos: entre miles, el siguiente suceso nos lo hará palpable.

Dice *La Tribune de St. Antoine*, de París: «No solamente en Europa, sino en otras partes, son conocidas las maravillas que obra San Antonio de Padua. Donde quiera haya cristianos esparcidos en la redondez de la tierra, allí se encuentra el culto de San Antonio floreciente, y su nombre honrado; y lo que es más, aun entre los infieles, es beneficioso. Nos congratulamos de

ver el hecho patrocinado por el periódico *Le Temps*, nada afecto á la Iglesia católica, puesto que es considerado como el principal órgano del Protestantismo; el hecho es, que los chinos infieles pedían agua á los bonzos y á sus pagodas, porque se morían de necesidad, y no la conseguían; acudieron á San Antonio, y remediaron su necesidad.»

Existen en China grandes Compañías agrícolas é industriales que, como es consiguiente, á falta de agua, abren pozos para que la faciliten y regar las tierras. Entre ellas se cuenta la Compañía *La Esperanza*, cuyo presidente es un chino auténtico, el Sr. Whang. Hacía algunos años que uno de los grandes pozos se había obstruido y cegado, cesando de dar la abundante agua que antes. La desolación, las lágrimas, la muerte y la ruína fueron consiguientes. En vano se reunía el Consejo de Administración, y deliberaba, y disponía y se hacían trabajos; el agua no parecía. Se decretaron é hicieron ofrendas y votos á las pagodas y dioses chinos, y nada... el agua no parecía... Los buenos chinos, aburridos y desesperados, no sabían qué partido tomar, hasta que uno de los del Consejo formuló la proposición y fué aceptada: que se pidiera consejo é intervención á la Misión católico-francesa de Tz-Liu-Tsin, cuyo presidente el P. Boucheré, tiene la residencia no muy lejos del pozo.

Uno de los administradores, cristiano de religión, fué á visitar al referido P. Boucheré, y le preguntó:

—Padre, entre los Santos del cielo, ¿no hay alguno que tenga la especialidad de hacer encontrar los objetos perdidos?

El digno sacerdote, práctico en tratar á los chinos, se sorprendió, y contestó al delegado: que la oración es gran recurso en casos dificultosos, y que Dios puede conceder todo lo que quiera por la intercesión de los Santos.

—Pero, relativamente á nuestro caso, ¿qué hacer?

—Que ¿qué hacer?... la cuestión es delicada. Te diré solamente que los necesitados en mi país, cuando pierden alguna cosa, acostumbran á invocar á San Antonio.

—¿Un gran Santo?

—¡De los más grandes!

El delegado dió cuenta de su misión, y de que por sí y ante sí se había impuesto la obligación de dar tres cargas de arroz (como trescientos kilogramos) por una sola vez, en caso de ser favorable el recurso, para el hospital de los cristianos.

El Consejo de Administración enterado contestó: que era una miseria para una Compañía de su importancia; que volviese el delegado, como lo hizo, al Padre misionero y le dijese que, en caso favorable, la Compañía daría tres cargas de arroz cada mes, y esto á pertinencia.

A los pocos días después, el agua del pozo volvió á ser abundante. La Compañía se llenó de alegría, y cumple la promesa escrupulosamente.

Y ved aquí cómo hace más de cinco años la Compañía de *La Esperanza*, concluye el Sr. Marcelo Monnier, da á la Misión de Tz-Liu-Tsin, una renta mensual de tres cargas de arroz en honor de San Antonio.»

Tal es el hecho. Los comentarios huelgan, pues cualquiera persona de mediano criterio comprenderá

que por intercesión de San Antonio, en Tz-Liu-Tsin, á la desolación, la anemia, la miseria y la muerte, ha sucedido la alegre actividad, la robustez, la abundancia y la vida; á las angustias y sentidos dolores de la «Compañía de la Esperanza» el movimiento expansivo y la halagadora confianza de que los miles y miles de duros, que pone en circulación, han de ser reproductivos y han de causar satisfacción y llenar sus deseos.

¿Lo veis, hombres de gobierno de nuestros tiempos? ¿Lo veis, economistas? La mano de Dios no se ha abreviado para ser beneficiosa á los individuos, familias y pueblos; cuando quiere premia, aun en esta vida, á la fe sencilla, y *de las piedras forma hijos de Abrahán* (Matth. c. iii, 9), como ha formado ahora entre los chinos idólatras, devotos de San Antonio. Tenéis plétora de ciencia, riqueza, artes suntuosas, palacios, exuberancia de lujo, etc., y no veis, envueltos y angustiados como estáis envuestros egoísmos y concupiscencias propias, y las de vuestros allegados, que también los romanos llegaron á tener esas exuberancias y no pudieron remediar los males de aquella sociedad. ¿Por qué? Porque les faltaba amor; su remedio sólo podía venir del cielo y del amor. Si cohibís la acción de la Religión, desconocéis su carácter, ó la pasión os ciega. La Religión no es el vicio ni la ociosidad: la Religión es, por el contrario, la más febril actividad en favor de las clases pobres y desheredadas; la Religión y la virtud que ésta inspira no es más que amor al sacrificio; y lo diré muy alto, *la virtud cristiana no es más que azotes á la pereza*. Y de aquí su afán por levantar Sociedades benéficas para los pobres enfermos, encarcelados, ancianos, huérfanos, viudas, etc.; de ahí su amor activo para enjugar las lágrimas del pobre, cicatrizar sus llagas y suavizar sus miserias; de ahí que si ve en la juventud la prematura vejez, por el hastío de las pasiones y el tedio de la vida, diga al joven: Todavía puede entrar la alegría en tu corazón y puedes ser feliz; mira al pobre, da lo que puedas al pobre, tiende tu mano benéfica al pobre; en ello está el secreto de la felicidad... ¿Sabéis por qué? Porque amar al pobre es amar á Cristo, y amar á Cristo es dulce, es consolador, es heroico...; y no hay dicha completa sino en el amor divino, y no hay amor perdurable sino en Cristo, porque Cristo es el amor más puro, es el amor de los amores que se sacrificó por amor.

FR. M. ANTONINO, O. M.

INSTITUTO DE HERMANOS DE LA DOCTRINA CRISTIANA

ESTE benemérito Instituto religioso fué fundado en Francia, á últimos del siglo XVII, por el Beato Juan Bautista de la Salle, elevado por León XIII al honor de los altares, y una de las primeras figuras de su siglo. Nació el Fundador de nobilísimo linaje, para que despreciando este timbre de gloria mundana, fuera su humildad más manifiesta. Siendo canónigo de la Catedral de Reims, su ciudad natal, y habiendo alcanzado brillantísimamente el grado de doctor en sagrada teología, lo renunció todo, incluso su pingüe patrimonio, para consagrarse por completo á la educación

de la juventud, especialmente de la más pobre y desvalida, fundando, dos años después de su ordenación sacerdotal, el Instituto religioso que ha inmortalizado su nombre y que hoy se extiende lozano y vigoroso por toda la redondez de la tierra, sumando más de 15,000 Religiosos, los cuales educan á 350,000 niños.

El Instituto se halla dividido administrativamente en doce *asistencias*, las cuales comprenden cuarenta *distritos*, formando un total de 1,400 Casas, esparcidas de París á China, del Canadá á Santiago de Chile, de Madrid á Madagascar.

La Congregación depende para su gobierno de un Superior general vitalicio, el cual tiene su residencia en París, y es elegido (así como sus doce asistentes ó consejeros) por los diputados profesores de enseñanza que forman el Capítulo general. Es de la exclusiva incumbencia de esta Autoridad suprema el nombramiento de los Superiores territoriales y locales.

El Superior general tiene un representante cerca de la Santa Sede.

Para la educación religiosa y científica de los novicios cuenta el Instituto 39 *noviciados* y 37 *escolasticados* ó casas de estudio.

La formación de los Religiosos es muy larga, pues se requieren, según las Constituciones, ocho años de instituto y veintiocho de edad para hacer los últimos é irrevocables votos, ó sea la profesión perpetua.

El Instituto dirige toda clase de establecimientos de enseñanza, los cuales se pueden reducir á tres principales grupos:

1.º *Escuelas gratuitas* (oficiales ó libres) de instrucción primaria, elemental y superior.

2.º *Escuelas profesionales* de artes y oficios, de agricultura, industriales, normales y comerciales.

3.º *Pensionados* ó colegios de niños internos, de estudios generales y preparatorios para diversas carreras.

En España el Instituto tiene más de cuarenta Casas, contando en Madrid el bellissimo Colegio de Nuestra Señora de las Maravillas, de carácter técnico; los Asilos de Huerfanos del Sagrado Corazón de Jesús y de Santa Susana, y varias escuelas de niños pobres.

Como juzgarán los lectores, el fin del Instituto no puede ser más sublime; pues dedicándose en primer lugar y de un modo especialísimo á la enseñanza del pobre y de los obreros del mañana, la completa con la de los pensionados para los niños de las clases acomodadas, formando de este modo la base de las sociedades futuras.

EN EL ÁFRICA ECUATORIAL

ALLÁ en las riberas del lago Tanganika, lugar de negros salvajes y en donde los musulmanes cometen todo género de crímenes, crueldades é infamias, todo por cazar negros y venderlos cual si fueran fieras, ocurrió un hecho que pone de manifiesto la grandeza de la Religión católica y lo mal que se la paga por parte de los llamados cristianos de sentimientos menos puros, menos generosos y de menos agradecimiento que los negros salvajes: es decir, que cuando

el cristiano se separa de la Religión se coloca inmediatamente á menos altura que el negro salvaje del Africa Ecuatorial. Vamos á ello.

Era una espléndida mañana de Febrero de 1881, y los Padres Blancos, misioneros católicos franceses que hacía no muchos años se habían instalado allí para sacar de la barbarie y miserable condición á los negros tanganicanos, sentados bajo las grandes palmeras de su residencia catequizaban á los huerfanos negritos frente al lago Tanganika.

Fueron á pescar aquel día los wabiharis en sus ligeras barcas, formadas de largas piezas de *ambatch*. Tres negros de dieciséis á veinte años tripulaban una, dirigiéndola rápidamente por la orilla más próxima á la residencia de los misioneros. El mayor de los tres vigorosos negros saltó al agua después de haberse detenido en frente de los Padres Blancos; sumergió una red de un modo muy original junto á las cañas de la orilla, y la retiró al poco tiempo con hermosos peces que se agitaban en ella.

Oyóse de repente un grito de angustia: el P. Dromaux levantó la cabeza, y vió que un enorme cocodrilo acababa de coger un brazo al atrevido pescador cuando volvía á echar la red, y que uno de sus compañeros asíó por medio cuerpo al terrible anfibio, mientras el otro le asestaba en la cabeza formidables golpes con el pagay.

Con la velocidad del rayo tomó el P. Dromaux una carabina del capitán Joubert, disponiéndose á disparar de rodillas; pero los tres negros y el monstruo formaban una masa confusa: disparar, por lo tanto, era exponerse á matar á alguno de los pescadores. ¿Qué partido tomar? El valiente misionero, diestro en el manejo de las armas, no titubeó un momento, y á los pocos segundos de haberles gritado serenamente en kisvalili: «No os mováis,» el cocodrilo, herido detrás de un ojo, soltó la presa y rodó al fondo de las aguas. Bajaron los misioneros á las orillas del lago, é invitaron á los tres negros á que les acompañasen, invitación que aceptaron gustosos; mas apenas pisaron tierra firme; cayó desmayado el infeliz herido.

—¡Oh Padres Blancos! exclamaron los compañeros, ¡salvad á Caniata, salvad á Caniata! ¡Es nuestro hermano!

—Tomadle en vuestros brazos y seguidnos, contesto el P. Dromaux.

Pusieron á Caniata en el suelo. Un sudor frío bañaba la frente del pobre negro, que no podía abrir los ojos, hasta que los Padres Blancos le vendaron el brazo mordido, cuyas carnes estaban desgarradas hasta los huesos, y brotaban sangre en abundancia.

Hecha la primera cura, el infortunado negro lloraba.

—¿Por qué lloras, Caniata? le preguntó el P. Dromaux.

—Porque voy á perder el brazo, y no podré pescar, labrar la tierra, tender el arco y blandir la lanza contra los *rugos*, si algún día pretenden hacernos esclavos (1).

(1) Los *rugos* son tropas mahometanas de ladrones y asesinos encargados de entrar en los pueblos de los negros y hacerlos esclavos.

—Consuélate, Caniata: los Padres Blancos sabrán curarte, ayudados por la gracia de Dios. Quédate con nosotros, y no te faltará cariño y generosidad hasta que estés curado.

—¡Ah! Así lo deseo. Sois muy buenos y muy sabios: no dudo que me curaréis el brazo... quedaré en vuestra compañía si mis hermanos consienten en ello.

Y el Padre, dirigiéndose á los hermanos de Caniata, les dice:

—¿Consentiréis en ello, verdad?

—Sí, Padres Blancos, sí; sois buenos y amáis á los pobres negros; pero no somos ricos.

—Nada os pedimos, amiguitos. Corred ahora, y decid á vuestro padre que vamos á cuidar y curar á vuestro hermano Caniata; decid también á todos los de

triarca. «Llama Dios y escoge á José y á María para que, unidos su suerte y sus corazones con los estrechos lazos de virginal matrimonio, formen la dichosa familia en la cual ha de nacer y vivir el Deseado de las naciones, el Cristo Hijo de Dios vivo, vaticinado por los Patriarcas y Profetas.»

Y aunque por las venas de José y María circula la noble sangre de los más ilustres hijos de Israel, parece que Dios se complace en permitir que hubiese desaparecido en los dos esposos todo brillo, toda gloria exterior que pudiera revelar en ellos la grandeza de los reyes de Judá, sus ilustres antepasados. Sólo deja en José y María, con la nobleza de la sangre, la humildad, la pobreza y el olvido de los hombres, como el más rico tesoro; tesoro que sirve admirablemente para realzar



GRUPO DE HERMANOS MARISTAS EN SU CASA NOVICIADO DE VICH. (Pág. 525)

vuestra tribu que estamos aquí para prestarles nuestros servicios y quererles sin interés.

Mocné, que así se llamaba uno de ellos, saltó al cuello del Padre y le abrazó con ternura, mientras que Mbamé, el otro hermano, ponía á los piés de los misioneros peces pescados por Caniata. Después cargaron la barca sobre sus hombros y se marcharon, dejando á Caniata en compañía de los Padres, quienes lo curaron y convirtieron.

LOS SANTOS DESPOSORIOS

Los santos Desposorios de José y María que la Iglesia celebra el 26 de este mes, decretados *ab eterno* por Dios y realizados en el tiempo al sonar la hora de la redención para el linaje humano, son como el pináculo de la grandeza y dignidad del bendito Pa-

aquella sublime y virginal santidad que supera á la de toda pura criatura. Tal es el jardín que Dios estima y escoge para sembrar en él la más preciosa de sus flores, y que riega con el más delicioso y suave rocío de sus bendiciones. De esta suerte prepara el terreno que ha de germinar al Salvador, al designar á María para Madre virginal y á José para tutor y Padre nutricio y legal de Jesús, y presentar así en el mundo constituida la más perfecta y dichosa de las familias. ¿Se constituyen hoy así las familias? Desgraciadamente no sucede esto, porque no germina en ellas la acción de las bendiciones de Dios, y estas bendiciones no las atraen sino la pureza de corazón, la rectitud de las costumbres y la santidad de la vida que acompaña siempre á los que temen y aman á Dios. Sólo así puede reinar el espíritu de Dios en el hogar, como reinaba en el de los más perfectos esposos José y María. ¡Qué gloria la de que reine Dios en la familia!

EL TRIUNFO DE SANTA CATALINA, VIRGEN Y MÁRTIR

Lo representa el grabado de la pág. 517. Nació esta Santa en Alejandría de Egipto. Empleó los primeros años de su vida en el estudio de las letras sagradas y profanas; y como estaba dotada de excelente ingenio, llegó á ser un prodigio de sabiduría. Habiendo publicado Maximino, príncipe cruel, edictos contra los cristianos, Catalina se aplicaba á sostener la fe de los fieles, haciéndoles demostración de que los oráculos del Gentilismo eran puras ilusiones, y que no se podía obedecer el edicto del Emperador mandando hacer sacrificios á los ídolos sin hacerse reos de las penas eternas con que los castigaría Dios, Criador del cielo y de la tierra, único Señor que merecía ser adorado. Después de haber confirmado así á los cristianos, determinó presentarse al mismo Emperador para hacerle visible su impiedad. Pidió, pues, que le permitieran hablarle, y como estaba dotada de una presencia majestuosa, igualmente que de una rara hermosura, sin dificultad fué admitida á la audiencia.

Dijo, pues, al Emperador, que por sí solo debiera ya haber reconocido que aquella multitud de dioses que adoraba era otra tanta multitud de errores que seguía; pues la misma razón natural estaba demostrando que no podía haber más que un supremo soberano Ser, único y primer principio de todas las cosas. Pero ya que su misma razón no le había descubierto una verdad tan patente, debía por lo menos rendirse al testimonio de sus más sabios doctores, los cuales distinta y claramente enseñaban que no podía haber más que un solo Dios, describiendo el origen de la multitud de sus dioses.

No considerándose el Emperador con suficiente caudal para contestar á la doncella filósofa, mandó convocar cincuenta filósofos de los más nombrados para que disputasen con ella. Uno de aquéllos se empeñó en persuadirla á que debía tributar reverentes cultos al sol, bajo el título de Apolo. A Maximino parecieron tan concluyentes los argumentos presentados, que dió á Catalina por invenciblemente convencida. Pero quedó extrañamente sorprendido cuando oyó la prodigiosa facilidad con que se desembarazó de todo. Dijo cosas tan convincentes y tan claras, que el filósofo quedó enteramente persuadido. El Emperador hizo señal á los demás para que salieran á la disputa; pero todos se excusaron, diciendo que se daban por vencidos en la persona del que reconocían como por su jefe y maestro. Confesaron que no había más que un solo Dios verdadero, y que todos estaban prontos á rubricar con su sangre esta verdad, añadiendo el título de mártires á la profesión de cristianos. Maximino, lleno de cólera, condenó á muerte á aquellos sabios, que sufrieron el martirio con invencible constancia. Convirtió después el Emperador toda su rabia contra Catalina, y la hizo atormentar cruelmente; pero todo lo sufrió con invicta fortaleza la generosa amante de Jesucristo, conquistando para El muchas almas aun de dentro de la misma cárcel. La Emperatriz, Porfirio, coronel de la primera legión, y otros doscientos soldados confesaron á Jesucristo, y confirmaron con su sangre esta gloriosa con-

fesión. Catalina fué condenada por Maximino, y la espada homicida abatió al suelo aquella virginal cabeza que había rehusado la corona del imperio romano. Los Angeles, que bajaron del cielo para ser testigos de su combate, se llevaron su cuerpo y lo enterraron en la cima del monte Sinaí.

DATOS GEOGRÁFICOS SOBRE LA ISLA DE ANNOBÓN

La isla de Annobón es un peñasco elevado unos 350 metros sobre el nivel del mar, situada próximamente á 350 millas de Fernando Poo en dirección Sudoeste, y en los 1° 25' latitud Sur y 11° 50' longitud Este de Cádiz. Toma su etimología del portugués Annobone, por haber sido descubierta el día 1.º de Enero de 1471, y cedida á España juntamente con Fernando Poo en el pasado siglo.

La forma de esta isla es cuadrilonga, con un perímetro de 22 kilómetros. Sus habitantes, reunidos en un humilde pueblo situado en la playa, al Norte de la isla, han de extraer, por decirlo así, su yuca, plátanos, cocos y demás frutos que cosechan para su sustento de las grietas de las peñas por ser pedregosa, principalmente en la parte Norte, cubierta toda de una capa de lava solidificada por los años, y que debió vomitar el volcán, cuyo cráter, según todas las probabilidades, fué la hermosa y sorprendente laguna de forma ovalada, escondida entre riscos á la altura de unos 500 metros. Sus dimensiones son de 600 metros de largo por 400 de ancho, conteniendo agua potable, y en tiempo de lluvias da margen á tres pequeños torrentes que corren por la isla. La parte Sud ya presenta otro aspecto mucho más agradable á la vista, por estar cubierta de vegetación, con distintas clases de árboles de buena madera, pero el terreno es quebrado y casi inaccesible. Los misioneros, aprovechando algunos lotes de tierra respetados por los indígenas por temor de sus duendes, hicieron algunos ensayos, prosperando el algodón y, sobre todo, el tabaco, que se lleva la palma, pudiendo entrar muy bien en competencia con el de Filipinas y Cuba, pero no hay que esperar riqueza por falta de terrenos.

CRÓNICA

España.—En la página 478 dimos cuenta de la inauguración del nuevo noviciado que en Vich, y en uno de sus más vastos conventos adquiridos para este objeto, ha instalado la Congregación de Hermanos Maristas.

Para la formación de sus miembros tiene varias casas la Congregación Marista, por el orden siguiente:

1.º Pequeño Noviciado ó Juniorato para los jóvenes de 13 á 15 años.

2.º Gran Noviciado que dura dos años y se principia á los 15 cumplidos. La formación del espíritu religioso es casi el exclusivo trabajo del Noviciado. En él visten el hábito Marista los que, después de maduro examen, acreditan tener vocación.

3.º El Escolasticado, donde los Hermanos, después de pasar por los Colegios, son llamados para continuar durante dos años su cultura científica, y tomar los títulos que les convengan ó dedicarse á estudios especiales.

4.º Después del Escolasticado, muchos son enviados á Francia para aprender á fondo la lengua francesa y proveerse, si les conviene, de los títulos de enseñanza de aquella nación. Así es que últimamente regresaban ocho de nuestros jóvenes compatriotas Maristas, después de concurrir con brillante éxito á los exámenes rigurosos del Gobierno.

Además de consagrar en el Juniorato, en el Escolasticado, y sobre todo en el Noviciado, la mayor parte del tiempo á dicho objeto, cada año tienen todos los miembros del Instituto ocho días de ejercicios espirituales en completo silencio. En la época de la emisión del voto de obediencia, se dedican quince días á los santos ejercicios.

A los 21 años ó más, cuando los Hermanos son admitidos á los tres votos perpetuos, se hacen los Ejercicios de San Ignacio durante un mes. Y por fin, á los 10 años, se hace el segundo Noviciado de seis meses.

—La Compañía de Jesús, las ciencias y las letras tienen que lamentar la pérdida de un varón ilustre por su virtud y por su ciencia.

El R. P. Ricardo Cappa falleció el día 8 del corriente, á las tres de la tarde, en la residencia de Madrid, después de recibir los Santos Sacramentos y la bendición de Su Santidad.

Su muerte ha sido la del justo, aceptada con resignación cristiana y con humildad perfecta.

El P. Cappa, que ha muerto en edad bastante temprana, y que era hijo de una distinguida familia madrileña, había sido oficial de la armada, y trocó este honroso uniforme por la gloriosa sotana de los hijos de Loyola.

Destinado á residir en el Perú, estudió allí los restos y los recuerdos de la gloriosa dominación española, y fruto de sus aficiones y de sus estudios en este orden de conocimientos ha sido la docta obra titulada: *Estudios críticos acerca de la dominación española en América*.

En este libro expone datos y detalles importantes para formar un recto juicio sobre tan interesante punto de nuestra historia.

Años antes se había dado á conocer el P. Cappa como distinguido crítico por su obra en defensa de la antigua Inquisición española, obra que, juntamente con las de Orti y Lara y de Menéndez Pelayo, ha contribuido á deshacer funestos errores divulgados por Llorente y compañía.

También se debe á la pluma del jesuita que acaba de fallecer una «Cosmografía».

¡Descanse en la paz del Señor el virtuoso Religioso!

Butúan (Filipinas).—El R. P. Bernardino Llobera, S. J., escribe á su reverendo Padre Superior:

«La Misión de Játiva, que corre á mi cargo, consta de los pueblos de Játiva, Gandía y Compostela, de los cuales el primero tiene más de la mitad de la gente remontada, el segundo más de las dos terceras partes, y el tercero casi lo está en su totalidad, de manera que no es para halagar á nadie el estado lastimoso en que se encuentra el Alto Agusan. Con todo, no crea V. R. que estamos destituidos de toda esperanza para el porvenir; antes al contrario, parece que la misma desdicha de aquéllos me infunde deseos cada día más ardientes, de que la Misión de Játiva sea la más floreciente de Mindanao dentro de pocos años.

«Por de pronto, á dos horas más arriba de Patrocinio se está formando un pueblo, en donde se reúnen varios remontados; han hecho ya convento nuevo é iglesia, en donde dije la primera Misa la dominica *in Albis* y bauticé á 14 niños, entre los cuales había varios ya crecidos.

«Más arriba de Gandía se reúnen muchos de los remontados del Pilar, volviendo á formar este pueblo en el Agusan. Con esto serán ya cinco los pueblos de la Misión de Játiva, y si me salen bien los planes que tengo en proyecto, V. R. verá si dentro de breve tiempo será el Alto Agusan tan desdichado como lo es ahora. Sobre todo si V. R. apoya varias cosas, que después de tratadas en las consultas que hemos tenido en estos días de reunión de todos los Padres de esta Residencia en esta casa, el P. Nebot pondrá en conocimiento de V. R. para que se tome sobre ello alguna determinación.

«Después de la visita que nos hizo el P. Urios, me han venido deseos de corresponder á dicho Padre, pagándole con la misma moneda, y al efecto he pensado ir á Dávao dentro de algunos meses si puede ser, para pasar allí el día de San Ignacio, para lo cual no tiene inconveniente alguno el P. Nebot, y si V. R. tampoco le tiene, puede ser que realice este pensamiento, si por otra parte tampoco lo tiene el P. Urios, á quien escribo por este correo sobre el particular, y además los asuntos del Alto Agusan se prestan y brindan á acometer semejante empresa, la cual en sí no ofrece ninguna dificultad, siendo además muy provechosa para la Misión, pues tengo la resolución de intentar este verano abrir el camino desde Compostela hasta el Hijo, no como quiera, sino camino de caballo, y al efecto, al regresar á Játiva me voy á subir varios caballos de Talacogon, con el objeto de preparar á V. R. un camino por el cual pueda visitar la Misión de Agusan con brevedad, con detención y con comodidad, cuando V. R. tenga gusto de venir á estas tierras; pues confío que podrá seguir el siguiente itinerario: Hasta Dávao en vapor; desde este punto por el río Hijo dos días de camareta; dejando la camareta, en dos jornadas cortas á caballo llegar á Compostela, desde donde se puede ir perfectamente en cuatro días á Butúan, y por consiguiente, deteniéndose V. R. un poco más, puede perfectamente visitar todos los pueblos de la línea del Agusan. Dentro de unos meses tendré ocasión, Dios mediante, de contar á V. R. no pocas cosas, confío en el Señor que serán buenas, y V. R. tendrá ocasión de decirme lo que convenga para la pronta reducción de este centro de Mindanao.

«Todavía no tengo méritos contraídos para pedir á V. R. cosa ninguna, pero como los favores á veces se hacen ante *precisa merita*, no creo que lleve mal V. R. el que le interese por estos indios, para que al distribuir las limosnas que la divina Providencia pone en manos de V. R., se acuerde de los pobres del Alto Agusan y nos mande, no dinero, sino cosas, como pedazos de ropas, objetos de quincalla, espejos, agujas, tijeras, hilo, etc., pues todo esto sirve mucho para ganar á estos pobres infieles. Y si V. R. tuviera ocasión de enviarme un organillo de cilindro, á los cuales se les da cuerda y tocan después por sí mismos varias piezas, me proporcionaría un medio muy poderoso para ganar á los infieles; pues uno que tenemos en Játiva, viejo, oxidado, y al que faltan muchos dientes, apenas podré decir los muchos servicios que me ha prestado en varias excursiones que he hecho.»

Islas Marquesas (Oceania).—En la página 505 damos el retrato del R. P. Frechou, de la Congregación de los Sagrados Corazones (Picpus), venerable misionero que se dedicó durante cincuenta y tres años á las tareas del apostolado en las islas Marquesas.

Llegó en 1843 á estas islas, donde evangelizó sucesivamente las de Tahuata, Uru, Nuka-hiva é Hivava. Muchas veces se vió en grave peligro de perder la vida, y tuvo que huir por los bosques perseguido de los terribles canacos.

Las guerras entre éstos eran continuas, y si cesaban un momento, sólo era para dar lugar á desórdenes peores que esos excesos. En fiestas nocturnas, dignas del infierno, los canibales inmataban con frecuencia víctimas humanas, cuyos ensangrentados restos se disputaban. Desde su casa el P. Frechou oía los rugidos de aquellas fieras; pero, espectador impotente, no podía hacer más que llorar y orar. Al ser de día reunía en torno suyo á los muchachos, y les inculcaba el horror á semejantes escenas. Recorría luego las aldeas para consolar á los enfermos y moribundos, y casi nunca volvía á su casa sin haber salvado una alma ó restablecido la paz en alguna parte de la isla.

Activo é industrioso, supo interesar á los canacos en trabajos de consideración. Débensele los caminos de Hatiheu á Haatuatua y Taiperaí, y de Atuona á Taaoa, canales, plantaciones é iglesias, que perpetuarán su recuerdo en el corazón de los misioneros y de los neófitos.

Conocía á fondo la lengua indígena, y contribuyó en gran parte á la composición de un voluminoso diccionario marquesino. Dejó además una excelente traducción canaca de los libros históricos del Antiguo Testamento, de los Evangelios, y numerosas vidas de Santos.

Cuando sus fuerzas debilitadas no le permitieron las excursiones apostólicas, retiróse á su antiguo puesto de Atuna, donde su mayor dicha era cuidar una leprosería.

El 19 de Diciembre de 1895 durmióse en el Señor, la víspera del quincuagésimoquinto aniversario de su profesión religiosa.

R. I. P.— En Berito (Siria) se ha verificado el entierro de la H. Gélas, que se hallaba al frente de las Hermanas de la Caridad desde 1837, habiendo fundado allí varios establecimientos benéficos. Cuando llegó á aquel país existía la costumbre entre los padres de ahogar en el mar á los hijos defectuosos y á los nacidos fuera del matrimonio; pero como las Hermanas los salvaban recogiendo y criándolos, en vez de arrojarlos al mar lo que hacen ahora es llevarlos á los conventos, de donde luego los reclaman cuando son mayorcitos.

Al entierro de la H. Gélas, presidido por el cónsul de Francia, de gran uniforme, ha asistido toda la colonia francesa, unas cien Hijas de la Caridad, el clero de todos los ritos católicos, las Congregaciones de ambos sexos y una numerosa muchedumbre.

VARIEDADES

EL REY DE SIAM

EL Rey de Siam, que lleva el difícil nombre de *Parmandr-Maha-Chu-La-Longkorn I*, ostenta además los títulos de «Soberano del Mung Thai», «reino de los hombres libres», «Rey del Trono de Oro», «Señor del Elefante Blanco», «Monarca Universal», «Dueño Supremo», «Hijo del cielo», «Soberano de la Vida», «Excelente», «Divino», y otras cuarenta y tantas denominaciones hiperbólicas por el estilo de las mencionadas.

De estatura menos que mediana, de suelto y elegante aspecto, la cara de un color moreno aceitunado, con pómulos algo salientes y vivísima la mirada, Chu-La-Longkorn no representa ni aun la mitad de la edad que tiene.

Nació en Bangkok, la capital de Siam, el 21 de Septiembre de 1853. Cuenta, pues, cuarenta y cuatro años.

Sucedió á su padre Maha-Mongkut, subiendo al trono el 11 de Noviembre de 1868.

Es el noveno de los 84 hijos del rey Maha-Mongkut, y está casado con la princesa Sawang Waddhaua (Luz deslumbradora), nacida el 10 de Septiembre de 1865.

Esta Soberana se ha encargado de la gobernación del Estado, durante la ausencia de su augusto esposo, y según se dice, posee cualidades de estadista y de administradora.

Usa el Monarca un traje semiorienta, compuesto de levita militar, de corte europeo, rodeada en la cintura por una faja de seda blanca con flecos y bordados de oro.

En vez de pantalones lleva unas medias de punto, de seda bordadas de plata. Calza zapatos de terciopelo con gruesas hebillas de brillantes.

La parte delantera de la levita se halla cuajada de bordados de oro y riquísimas pedrerías.

Repútase al Soberano como hombre instruídísimo. Conoce varios idiomas, hablando alguno de ellos, el inglés, por ejemplo, con verdadera perfección.

De sus aficiones literarias dan prueba una traducción, muy estimada en Siam, de las *Mil y una Noches*, y un diario de la corte, redactado en su mayor parte por el

Rey en persona. Este periódico se publica en Bangkok semanalmente.

Es el primer Soberano siamés que haya emprendido un largo viaje por el extranjero.

Hace algunos años estuvo en la India, y en los últimos meses ha visitado á Italia, Suíza, Alemania, Inglaterra, Bélgica, España, Francia y Portugal.

Ha abierto su país á la civilización y al comercio europeos, ha construído 144 kilómetros de ferrocarril y 4,000 de líneas telegráficas.

También ha instalado 160 administraciones de correos, y se ha adherido á la Unión postal universal.

A propósito de la inovación últimamente mencionada, se cuenta de Chu-La-Longkorn un rasgo muy curioso y característico del espíritu oriental.

Habiendo notado la repugnancia de sus súbditos á depositar las cartas en los buzones del correo, hizo instalar en las principales calles de Bangkok, cajas de maderas olorosas, con objeto de que las cartas llegaran á poder de los destinatarios perfectamente perfumadas.

La idea produjo admirable efecto, desapareciendo las incomprensibles prevenciones del pueblo siamés hacia el antes antipático aparato.

El estado de Siam, aun después de haberse anexionado Francia algunos territorios, ocupa una extensión de 320,000 kilómetros cuadrados, y está habitado por ocho millones de individuos, la mitad de ellos siameses, y el resto chinos, malayos, birmanes, indostanos y laosianos.

El ejército en pie de paz consta de 3,600 hombres, y en tiempo de guerra de 10,000.

Están instruídos por oficiales europeos y armados con fusiles de repetición.

Un dato para terminar. La fortuna personal de Chu-La-Longkorn prodúcele una renta de 50.000,000 de francos.

Es, por tanto, uno de los Soberanos más ricos del Extremo Oriente.

UN BAILE EN AUSTRALIA

El sabio Mr. Fitzmaurice formaba parte de la tripulación del *Beagle* en el tercer viaje de este navío, tan célebre en la historia de las circumnavegaciones y de los descubrimientos geográficos. Sus conocimientos científicos, su talento de artista, su ingenio y su actividad, le hicieron ser muy pronto considerado como uno de los miembros más útiles de la expedición.

Practicando la exploración de la costa septentrional de la Australia, un día fué en una lancha con Mr. Keys, compañero de expedición, á una pequeña bahía, á fin de comparar las brújulas y anotar sus declinaciones. Había pensado al pronto situarse en unas rocas, pero como el hierro que contenían desviaba las agujas, tomó el partido de establecerse en la parte de abajo, en un banco de arena.

Después de haber trabajado durante algunas horas, como la noche se venía encima y era preciso retirarse, Mr. Keys se dirigió hacia la barca llevando uno de los instrumentos.

Hallábanse á unos cien pasos de distancia cuando oyó tras de él grandes clamores.

Volvióse de pronto y vió que sobre las rocas, encima de Mr. Fitzmaurice, había una turba de salvajes australianos armados de javelinas, que parecían dispuestos á lanzarse sobre su compañero. Mr. Keys podía huir y ponerse en salvo; pero ni siquiera se le ocurrió tan vil pensamiento.

Apresuróse á volver al lado de su compañero para luchar y morir con él.

Sin embargo, cuanto más se acercaba, más inminente y grave le parecía el peligro. Un indígena de aspecto feroz arengaba á sus compañeros con gestos animados.

Los salvajes se exaltaban cada vez más: herían ruidosamente el suelo con los piés, lanzaban miradas feroces, sacudían las melenas, escupían y se mordían la extremidad de la lengua, signos todos entre los salvajes de la más violenta irritación.

Como se hallaban á no larga distancia, y eran tantos y tan hábiles en el manejo de la javelina, por fuerza habían de acabar en un momento con nuestros dos sabios.

Si vacilaban aún, sólo sería temiendo las represalias del navío; pero sus gritos redoblaban y ya tenían los brazos alzados para lanzar las javelinas.

—¡Subamos á luchar ó huyamos! dijo rápidamente Mr. Keys.

—¡No tal! Todo al contrario. Bailemos y riámonos, contesto Mr. Fitzmaurice.

Mr. Keys, según declaró después, pensó en aquel momento que su compatriota se había vuelto loco.

Mr. Fitzmaurice, en efecto, se puso á bailar cantando y riéndose á carcajadas. Sus violentas y extravagantes cabriolas le daban un aspecto fantástico.

—¡Bailad, bailad también! repetía en voz baja á Mr. Keys.

Este, sin comprender á qué venía el baile, siguió el ejemplo de su amigo, y empezó á dar saltos y zapateadas lo mejor que pudo; en cuanto á reírse y cantar, le fué imposible.

Tan inesperado espectáculo sorprendió á los salvajes. Algunos bajaron sus armas, y otros se inclinaron para mirar. Los más furiosos siguieron gruñendo y como en actitud de lanzar contra los dos europeos sus javelinas; pero sus camaradas ya no les hacían caso.

Estos salvajes son como niños grandes, y se devanaban los sesos para discurrir qué diablos estaban haciendo allí nuestros ingleses, y qué significaban aquellos saltos, cabriolas y zapateadas y los extravagantes cánticos de Mr. Fitzmaurice. Ello es que unos á otros se comunicaban su asombro y su curiosidad con gritos ya menos feroces, acabando por reírse también ellos, tomando asiento en la roca para gozar del espectáculo.

Sabido es que los australianos tienen gran afición á la danza, y la de nuestros sabios, desconocida para la coreografía indígena, les ofrecía el atractivo de la novedad.

Mientras los salvajes contemplaban absortos el espectáculo, Mr. Fitzmaurice, que no perdió un momento la serenidad, alternando con las palabras de la canción, dirigía á Mr. Keys ciertas preguntas:

—¿Dónde están nuestros fusiles?

—A treinta pasos hacia la izquierda.

—Malo; es el lado opuesto al sitio de la barca.

—¿Voy á buscarlos?

—De ningún modo. Seguid bailando, y acerquémonos á los fusiles con disimulo.

—Bueno.

—Pero no tan deprisa. ¡Mucho cuidado! Demos otra vuelta.

En cuanto los salvajes advertían que los ingleses se alejaban algunos pasos, daban señales de que parecían sospechar su intención, y sus murmullos significativos eran para Mr. Fitzmaurice como un aviso.

—Es preciso seguir bailando, decía á su compañero. ¡Paciencia!

Mr. Keys sudaba el quilo, y no podía ya más.

—Si escapamos de ésta, seguro estoy, Mr. Keys, de que en la vida os olvidaréis de esta danza.

—Bien puedo jurarlo. ¡Vaya una diversión! Pero no lograremos escapar. Yo estoy ya reventado.

—¡Vaya, un poco de ánimo! ¿No habéis dejado una novia en vuestro pueblo, Keys? ¡Pues, ea, bailad por vuestra novia! ¿Y dónde se queda la Reina? Bailad también por la Reina. ¿Y vuestra querida patria? Bailad un poco por Inglaterra.

En este momento se oyó á lo lejos una sorda detonación. Era un oficial del navío, que á más de un kilómetro de distancia había disparado á un pájaro.

Esto produjo cierto movimiento en los salvajes, y nuestros sabios, lanzándose á coger los fusiles, corrieron precipitadamente hacia la barca.

Tres ó cuatro javelinas silbaron junto á ellos. Los salvajes que corrían en su persecución no lograron alcanzarlos, pues habían llegado á la barca, escapando á fuerza de remos.

Si Mr. Fitzmaurice no le hubiera hecho desistir, Mr. Keys habría disparado su fusil contra los salvajes, que le habían hecho bailar tanto tiempo y de tan mala gana.

MUERTE DE DOS MISIONEROS EN CHINA

El venerable Superior del Seminario de las Misiones Extranjeras de Holanda, R. Arnoldo Janssen, nos enviaba desde Steyl la carta siguiente:

«Acabamos de recibir de Zinning (Chan-tong Meridional) el telegrama siguiente, fechado el 4 de Noviembre:

«NIES, HENLE ERMORDET (*Nies, Henle muertos*).»

«El R. Francisco Javier Nies nació en Rehringhausen (diócesis de Paderborn) el 11 de Junio de 1859. Ordenado sacerdote el 7 de Junio de 1884, partió para China el 1.º de Enero de 1885.

«El R. Ricardo Henle nació el 21 de Junio de 1865 en Stellen (archidiócesis de Friburgo). Ordenado sacerdote el 15 de Junio de 1889, partió para China el 15 de Septiembre del mismo año.

«Me apresuraré á comunicar, así que los reciba, los pormenores acerca el fin prematuro de estos dos malogrados misioneros.»

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5, Barcelona